



ÍNDICE

Contra la derrota	4
Adoptando términos que no nos pertenecen; aportaciones para una superación de la democracia	14
No dar el brazo a torcer. La violencia como herramienta política	32
29s: el pacifismo en huelga	48
La lógica del enfrentamiento	51
De fascismos	54
Reseñas	59

La revista que tienes en las manos representa tan sólo la parte escrita de un trabajo profundo de análisis y debate. El proyecto *Terra Cremada* se basa en la discusión y elaboración de textos de manera colectiva sobre problemáticas concretas que sufrimos tanto en la forma de enfrentarnos al capitalismo como en la de superarlo. Pensamos que escribir de esta manera, aunque sea muy duro, nos posibilita conjugar la teoría y la práctica a la vez que reflexionamos y dejamos constancia para otras personas de las conclusiones a las que hayamos podido llegar. Vemos que, generalmente, se suele escribir desde la reflexión individual y muy poco desde la colectiva dejando, de esta manera, muy pocos documentos escritos que recojan de forma rigurosa los debates que vivimos en nuestras asambleas; reabriendo constantemente debates que siempre dejamos a medias y cayendo de manera reiterada en discusiones que podrían ser solucionadas definiendo un léxico común y que nos posibilitarían centrarnos en debates más profundos. Nosotras hemos querido hacer este esfuerzo conscientes que estos textos sólo pueden ser una ayuda en la lucha contra el orden imperante ya

que, como señalamos en el primer número: *las respuestas difícilmente nos las ofrecen los libros, se encuentran en la calle y en el calor de la revuelta.*

Nuestros pensamientos vienen condicionados por el lenguaje que utilizamos para construirlos. No es de extrañar que, en una sociedad donde a lo largo de la historia los asuntos públicos han sido reservados a los hombres, el plural genérico se escriba en masculino, pues es a ellos a quienes se refiere. Esta revista está escrita enteramente en femenino, somos conscientes que el hecho de escribir de esta manera no elimina esto, pero sí sirve para evidenciarlo.

Que la publicación sea gratuita no quiere decir que no hayamos tenido gastos sino que no queremos que el dinero haga de mediador entre ésta y quien quiera acceder a ella. Preferimos que sea la seriedad y el compromiso y no el comercio de nuestras ideas lo que financie el proyecto. Si quieres colaborar económicamente ponte en contacto con nosotras.

CONTRA LA DERROTA

No venimos de la nada

El presente es un espejo del pasado, en él podemos leer los cambios acontecidos, los momentos que desembocaron en los días actuales. Es un espejo deformado, eso sí, que necesita mirarse con cuidado. Los recuerdos quedan lejanos, las peleas por apoderarse de la historia lo deforman, lo transforman, lo ningunean, y así la mirada hacia atrás está cada vez más enturbiada, más obnubilada.

Muchas miserias actuales responden precisamente al resultado de las luchas del pasado. Nuestro presente es la herencia de todas aquéllas que lucharon por un cambio radical en las relaciones sociales, es la herencia de la trayectoria revolucionaria, y ésta es la historia del fracaso, de la derrota.

Hay algo distinto en el final del asalto proletario de los años 60 y 70, ya que se trata de una derrota que no se basó tanto en el exterminio físico del proletariado en lucha¹, —como ya había sucedido en la mayoría de los enfrentamientos de clase, por ejemplo en la Unión Soviética de los años 20 o en la posguerra del Estado español—, como de una abdicación de sus principios y valores y de una paulatina integración en la

mentalidad moderna, en los códigos y comportamientos que generalizaba el Capital.

Sobra decir que en toda guerra hay muertes, por supuesto, pero de lo que hablamos es de que esta derrota consistió, sobre todo, en la asunción de una manera de pensar que negaba la cultura y la tradición obrera hasta entonces desarrollada, y alababa y se sometía a la de su hasta entonces enemigo de clase, el Capital.

El campo de batalla en el que pelearon las proletarias era un mundo en constante transformación, un mundo que cambió vertiginosamente su imagen hasta que no se reconoció, un mundo que se vistió e hizo perder a todo el mundo en su falsa novedad, un mundo al que una nueva intelectualidad llamó posmoderno cuando en realidad no se cambió esencialmente nada.

Lo que filósofas, sociólogas y otras intelectuales llamaron transición de la modernidad a la posmodernidad es un conjunto de cambios que no operan en un momento concreto, sino que son, en realidad, el desarrollo del capitalismo, el curso de su progreso. La evolución y transformación del tejido productivo, la ciencia, el saber, la técnica, la velocidad a la que circula la información y el nuevo papel que

1. Nos estamos refiriendo a las luchas revolucionarias desarrolladas en el seno de las llamadas democracias occidentales. Exceptuamos, por ejemplo, el caso de América latina donde sí se desarrolló una aniquilación sistemática de la disidencia política.



la entroniza, etc., son el resultado de una acumulación de conocimiento para incrementar la rentabilidad, la eficiencia y la máxima solvencia productiva; así pues, son una mejora del capitalismo. Estos cambios económicos favorecieron la mutación paralela de la mentalidad de la gente: sus costumbres, sus creencias, sus valores, el ocio, la manera de relacionarse con una misma y con las demás, etc.

Hemos asistido a una transformación económica, social, política y cultural, pero ¿qué significado tiene? De estos cambios decimos que no representan un nuevo sistema, una nueva sociedad o nada que se le asemeje, no son una ruptura clara con lo que se definía como modernidad. El orden que reina actualmente es el mismo que nació de la mano de la burguesía, sus fundamentos son los mismos: preservar la sociedad dividida entre aquéllas que dirigen y aquéllas que obedecen, reproducir el individualismo como unidad indiscutible, extender e imponer por todas partes las relaciones económicas que permiten la mercantilización de todo y la acumulación de capital. Evidentemente que la sociedad ha cambiado, pero sobretodo lo que ha cambiado es la manera de pensar y hacer de las personas, y con ello se ha favorecido la victoria aplastante del capitalismo.

El presente como derrota

Los códigos y comportamientos que caracterizaron y definieron al proletariado en lucha contra el Capital —su solidaridad, reciprocidad y apoyo mutuo, su vida social en el trabajo y los barrios, su visión del mundo que

dotaba a las cosas y bienes de un carácter totalmente social en lugar de económico, etc.— son los de una comunidad de iguales que se oponía a la sociedad capitalista. Con su derrota, con la desaparición de la clase obrera se diluyó también su comunidad, las individuos volvieron a ser sólo eso y las relaciones que habían tenido se tornaron extrañas, hasta que desaparecieron y sólo se pudieron ver puntualmente caricaturizadas.

Todos estos cambios que definen al ser occidental actual, su modo de actuar, su modo de ver el mundo, son analizados por las intelectuales del Capital. Una parte importante de este pensamiento posmoderno niega la revolución, de hecho, más que negarla deja de hablar de ella, asumiendo en este gesto que ninguna ruptura real es posible. Este pensamiento, al abandonar toda empresa revolucionaria, se limita a describir el mundo, sus capilaridades, sus complejidades y «los dispositivos que operan en sus intersticios», por hablar en sus propios términos. No podemos negar sus valiosas aportaciones en este campo aunque tampoco podemos negar que tales aportaciones son dadas a las revolucionarias, a las más interesadas en perpetuar las condiciones de dominación así como también a aquéllas que aspiran a hacer menos doloroso el sufrimiento haciendo, en muchos casos sin darse cuenta, que éste pueda perpetuarse.

Hablan de sociedad del riesgo, sociedad líquida, de la comunicación, sociedad-red... y se evita, a toda costa, hablar de la continuación de aquello que no ha cambiado: las relaciones de



producción y reproducción capitalista. Se evita hablar del trabajo y se habla del consumo, de las emociones, de la precariedad o de la liquidez, pero nunca de la explotación. Se habla de todo menos de capitalismo.

Aun así, pensamos que podemos aprovecharnos de algunos de sus planteamientos para explicar cómo, en algunos casos, hacen una propaganda descarada del mundo que defienden y, en otros casos, cómo aciertan en ciertas miserias que se han generalizado y que debemos destapar para poder superarlas y alejarnos unos pasos de esta derrota que sufrimos.

Se nos dice que ha habido la revolución del individuo a la que llaman la emancipación de lo individual de la tiranía de las masas. Gracias a la oferta del mercado neoliberal la gente puede más que nunca elegir un modo de vida acorde a las necesidades y gustos individuales (ropa, música, comida, modo de vida, deportes, aficiones, etc.)² y no sujeto a las reglas y normas colectivas. La elección ahora recae en cada persona que es libre de elegir su propio estilo de vida. La vida uniforme y dirigida, donde la mayoría de elecciones se tomaban en base a lo que pensaba la mayoría ha desaparecido.

Ante todo, lo que quieren es convencernos de que somos totalmente libres. De lo que no hablan tanto es de que esta supuesta libertad está sujeta a una tarjeta de crédito y que las elecciones que nos permiten hacer se reducen a las mercancías que nos venden. Estos diferentes estilos de vida no se refieren obviamente a que podamos adoptar los costumbres de, por ejemplo, los guayaquises

del Paraguay. Está claro que si durmiésemos todas juntas en cabañas, fuéramos polígamas, nos dedicaríamos a cazar jabalíes y recoger lo que nos viniera en gana para luego hacer grandes festines en plaza Sant Jaume acabaríamos en prisión. Entonces, cabe preguntarse a qué se reducen esas elecciones que nos permiten hacer y si realmente esta cultura individualista es algo propio o bien responde a una educación/ domesticación feroz desde nuestros primeros años de vida. Vivimos sujetas y subordinadas a la necesidad de acumulación del Capital, y las empresas, el gobierno, las diferentes instituciones y organizaciones que integran esta sociedad estimulan, conminan, seducen, obligan para que esto sea así. Si la libertad, en un mundo basado en el dinero y la mercancía, se reduce a poder vestir de punk o llevar un fular verde que no haga juego con un jersey amarillo a topos rojos; o bien poder hacer esquí en los Alpes suizos y surfear en la costa cantábrica, nosotras decimos que eso no es ser libre porque siempre se está sujeto a las necesidades y exigencias del capitalismo. Porque estos deseos, estas modas, estas elecciones se refieren a algo superficial, no a lo esencial, no al modo como queremos vivir. Porque desde muy pequeñas nos han invitado, lobotomizado, domesticado para que tuviéramos unas necesidades que nunca fueron nuestras sino las que le convenía a la forma económica y de gobierno que ordena y dirige el mundo que habitamos.

En nuestros ambientes esto se reproduce en la medida que creamos un mundo donde en lugar de emanciparnos de estas necesidades impuestas nos limitamos, generalmente, a convertirlas en más baratas. Hay más interés en pagar un euro por una cerveza o ver un

2. Esta idea se desarrolla extensamente bajo el nombre de proceso de personalización en *La era del vacío* de Gilles Lipovetsky.



concierto gratis que en formarnos y aprehender otras formas de socializar y estar. Muchas de nosotras nos dejamos seducir también por las posibilidades que nos brinda el dinero: viajar, tocar instrumentos, hacer serigrafía, integrarnos en una cooperativa de consumo ecológico, etc. Precisamente en la satisfacción de muchas de estas posibilidades nos entregamos al culto a una misma, a este narcisismo que tanto criticamos y al final también reproducimos. Éste es uno de los motivos por el cual para muchas de nosotras es más importante enriquecerse espiritualmente viajando a Kuala Lumpur que seguir pegando carteles; son mucho más importantes las clases de judo que una asamblea mal puesta un miércoles por la tarde. Con esto no queremos hacer apología del carácter militante del sacrificio y el ascetismo existencial, sino que queremos señalar que con la excusa de la satisfacción de deseos y necesidades, creamos una brecha entre la política y la vida, en lugar de percibir todas las actividades que hacemos en esta pelea política por una vida donde nosotras seamos sus dignas soberanas. Y no, no sólo queremos ser libres para escoger indi-

vidualmente qué actividades hacer, queremos ser libres para poder discutir y participar de la vida en común.

Y cuando «hacemos política», ¿cuántas veces lo hacemos para adquirir ese rol que da sentido a un malestar existencial? ¿Cuántas veces hemos reproducido esa necesidad que tenemos para afirmarnos cuando no atendemos en una asamblea y sólo esperamos nuestro turno para escucharnos a nosotras mismas a gusto? ¿Cuántos proyectos se han ido al garete porque una relación ya satisface nuestras necesidades o bien porque conseguimos un trabajo bien pagado?

Ante esta confusión general y la ausencia de conciencia, caemos en formas de militancia acordes con estos tiempos que vivimos. No hacemos lo que nos parece necesario, no tenemos una visión global, hacemos únicamente aquello que nos gusta o apetece. La crítica a la militancia nos ha servido a muchas y en muchos momentos para justificar nuestra inacción tras una supuesta inutilidad del encartelar, repartir octavillas o colgar pancartas que, cierto es, no dan un resultado inmediato a nuestros esfuerzos. El culto a lo inmediato y

el hedonismo se ven reforzados por la dificultad de incidir directamente sobre una realidad que nos supera. Cuando toda perspectiva de un cambio real se hace tremendamente difícil, cuando todo está por crear, lo político da paso a lo terapéutico. Cuando no sabemos cómo confrontar la realidad, cuando desconocemos qué es lo que puede superarla y, por tanto, hacia qué o por qué luchar, sólo nos queda adaptarnos, de la manera menos traumática posible a esta –aparentemente inmutable– realidad. Flores de Bach, risoterapia, teatro, psicofármacos, huidas puntuales a escalar a los Pirineos, la discoteca o la cafeta del próximo viernes... terapias tenemos todas, la cuestión es que seamos conscientes de cómo éstas nos permiten sobrevivir en este mundo sin necesidad de mutarlo, y de cómo si no intentamos superarlas acabaremos acomodándonos a éste.

El fin de las utopías y de las grandes ideologías. Se acabó el tiempo en el que se pensaba globalmente, en sistemas sociales que pusieran fin a los problemas de forma integral. Ahora asistimos no tan sólo a un generalizado desengaño y descrédito de la clase política sino que somos incapaces de creer que este mundo pueda llegar a cambiar de manera radical. Así pues, dedicamos nuestros esfuerzos a problemas parciales motivados por nuestra particular sensibilidad y que responden a intereses personales: ecologismo, consumismo, desastres naturales, el hambre en el Congo, etc.

Si bien es cierto que hoy en día se han extendido ciertos aspectos positivos alrededor de la política como la desmitificación de los líderes o de las grandes organizaciones (hasta ahora incuestionables), también es cierto que este cambio de mentalidad se ha basado más bien en una apatía generalizada y en un dejar hacer que en otra cosa, un desencanto político relacionado sobretodo con una renuncia a un cambio real.

Entre muchas de nosotras este aplastante ambiente de victoria capitalista se ha traducido en creer imposible la revolución. Por eso nos hemos vuelto tan humildes en nuestras exigencias y conflictos políticos y tan celosas de nuestra pequeña parcela de libertad individual. Esta

impotencia hace que nuestros proyectos sean tan endebles como nuestra apuesta por una sociedad diferente.

El relativismo ha sustituido a los ideales e ideas absolutas. En la modernidad se tenían unos valores y unas creencias que no se podían transgredir y que se pensaban que eran (o debían ser) universales e incuestionables. Hoy día, en cambio, asistimos a una gran tolerancia y respeto por los distintos modos de entender y hacer en el mundo, se elogia la diferencia, la pluralidad y la multiculturalidad como valores positivos. Ya no estamos seguras de que exista una verdad sino que todo se reduce a puntos de vista. El etnocentrismo y eurocentrismo han perdido fuelle frente al pluralismo.

Desde el Poder este relativismo se da siempre y cuando se limite a la charlatanería. Aunque vemos que desde ciertos sectores se estimula esta tolerancia respecto a los distintos modos de entender el mundo y la vida, parece que se haga más bien como espectáculo: es hipócrita ver que en un momento como el que vivimos, donde se ha aniquilado toda forma alternativa a la dominante, se nos invite a pensar en algo diferente. Lo cierto es que sí se ha difundido una extraña idea acerca de lo inteligente, culto o progresista que se es cuanto más respetuoso con los distintos modos de pensar, cuanto más se reduzca todo a meras interpretaciones, posibilidades, acerca de una única realidad. De ahí la idea de que no existen «buenos» ni «malos», de que todas somos responsables, como si cualquiera de nosotras tuviera la misma responsabilidad ante el mundo que el gabinete de dirección del Banco Santander. Nos han desarmado frente a los discursos del Poder, mientras ellas siguen teniendo una verdad absoluta amparada en sus leyes, cárceles, policía, etc., se han difuminado nuestras indicaciones políticas, nuestros principios que constituían nuestra integridad y dignidad. Ahora nos limitamos a opinar y nos negamos a reclamar nuestras verdades como si eso fuera una cosa de dogmáticas de izquierda de los años 20 o 70. No debería haber ninguna vergüenza en proclamar que ciertas verdades

están de nuestra parte.

Vivir el presente sin pensar en el futuro. Se ha desarrollado una cultura del presente que se ha traducido, sobretudo, en el éxito de la novedad, el consumo de modas, el seguir atropelladamente lo nuevo haciendo tabla rasa cada vez con lo que ha quedado rápidamente desfasado; la búsqueda del placer inmediato; el culto a lo joven y el aborrecimiento por lo viejo, etc.

Sencillamente, esto responde a una necesidad de mercado, de consumo. Cuando a los cuatro vientos se nos dice que vivamos y disfrutemos del presente no se nos conmina a hacer nada más que a gastar nuestro dinero, a derrochar, olvidando el esfuerzo que requiere conseguir todo eso que deseamos. Como si cada día tuviera que ser el último, vivir a tope, gastando a tope, como si en la vida no pudiera haber sitio para el silencio, para no hacer nada, para meditar, etc. Esta lógica del *carpe diem* es una mamarrachada propagandística para uso de la economía. Si no, ¿por qué los miles de anuncios y estímulos que recibimos para vivir al día se tornan mensajes de cautela cuando no se tiene un duro? Entonces llaman a la responsabilidad, a la austeridad, a hacer planes de futuro.

Deberíamos fijarnos en cómo también nosotras caemos en ello y en cómo esta «cultura del vivir el momento» se traduce en nuestra insatisfacción permanente por no

poder ver los resultados de nuestra acción política de forma instantánea; en la imposibilidad de tener una estrategia a medio y largo plazo, limitándonos, demasiadas veces, a hacer sólo aquello en lo que veamos efectos inmediatos.

El desencanto por la ciencia y el progreso, en la esperanza racionalista. Hoy en día existe un descrédito de la razón como motor para la mejora social al mismo tiempo que existe un culto irracional por los miles de fetiches tecnológicos que produce.

Si bien es cierto que la fe en la «cultura» y la razón para la mejora de las condiciones sociales han entrado en crisis no es tan cierto que exista un descrédito general de la ciencia y el progreso. Básicamente lo que ha cambiado respecto al racionalismo es la perspectiva. Antes había la esperanza de reducir el tiempo de trabajo asalariado y las condiciones que tiranizan nuestro tiempo en pos del beneficio capitalista, ahora se cree que la tecnología y la ciencia nos salvarán de todos los males que ellas mismas provocan: la crisis ecológica y alimentaria, las enfermedades, etc.

El fetichismo por la tecnología ha dado pie entre muchas de nosotras a la apología del ciberactivismo. Si bien es cierto que hay herramientas con ciertas ventajas como la



inmediatez de la información o la mayor capacidad de difusión, intentar hacer un alarde de mayores posibilidades como las macroasambleas o referendums internáuticos nos parece cómico, cuando no peligroso. Las imágenes pueden resultar ilustrativas cuando queremos hacer alguna campaña de denuncia como también pueden resultar ilustrativas para un juez cuando nos condena³. Internet puede ofrecer ventajas para difundir informaciones pero es la conciencia de la gente, la receptora del mensaje, lo que verdaderamente permite la difusión, si no se convierte en un patio de colegio donde el ruido nos imposibilita entender las palabras que se gritan.

Incremento de las capacidades técnicas de control y disminución de la sociedad disciplinaria. Vivimos en una sociedad que gestiona las desviaciones de los comportamientos con mucha más voluntad terapéutica que coercitiva. Las técnicas de control social despliegan dispositivos cada vez más sofisticados y humanos. Las coacciones y el uso de la fuerza bruta, la represión para reeducar han disminuido al mismo tiempo que se ha desarrollado unas técnicas correctoras más bien basadas en la comprensión y la libre disposición de las máximas elecciones posibles. Las instituciones tienden a persuadir más que a obligar y se adaptan a las motivaciones y deseos de sus ciudadanas. Incitan a la participación, promueven y habilitan el tiempo libre y el ocio.

En el intento de explicar esta sociedad como la más libre que pueda llegar a existir, nos dicen

que la represión como antaño se ejercía ha disminuido. A pesar que efectivamente las técnicas de control han cambiado, se han modernizado, hoy en día existen muchos más dispositivos coercitivos y la voluntad represiva es la misma de siempre. Las poderosas guardan su mundo con el mismo celo que antes y hechos como la normativa de control del espacio público o el endurecimiento del código penal así lo avalan. Centros de menores, centros para migrantes, expulsiones, cárceles, estadísticas de delincuencia, despidos por indisciplina, etc. La represión es clara y habla por sí sola. Lo que sí que podemos afirmar es que la lógica capitalista se ha insertado tanto en la mentalidad de la población que la represión desde fuera se ha visto cada vez más complementada, que no suplida, por la represión desde dentro, actuando cada una como policía de sí misma. Como señalamos, no se trata de un desplazamiento total de la modalidad de represión sino tan sólo de un perfeccionamiento, de una ampliación y/o de una coexistencia.

Contra la derrota

El proyecto moderno entiende la historia como una evolución lineal, en la que por medio de la razón se progresará continuamente hasta una meta definitiva. El sentido de la historia era la realización de la civilización, entendida por la burguesía como la libertad individual para el libre cambio y el derecho de igualdad ante la ley contra la opresión estamental. Desde la formación del Estado moderno tras la Revolución francesa, intentan legitimar el capitalismo como una forma natural de relación social y no como un artificio. Sus teóricas

3. Varios casos represivos se han desarrollado en la ciudad de Barcelona a raíz de las imágenes tomadas por periodistas. Un ejemplo de ello fue la manifestación en apoyo al Forat de la Vergonya realizada en octubre del 2006. Una de las pruebas para poder acusar a una de las detenidas es la secuencia fotográfica que una periodista estuvo haciendo desde el principio de la manifestación. ¿Hasta cuándo seguiremos tratando con respeto a estas chivatas?

sostienen que a lo largo de la historia, si las individuos se relacionaban libremente el orden social que de forma espontánea siempre resultaba era el intercambio de mercancías. Por este motivo, si la victoria de la burguesía en la revolución garantizaba la «naturalidad de las relaciones sociales», en realidad ponía las bases para alcanzar la meta definitiva en cuanto su proyecto se extendiera a todas las partes del planeta. Había existido una historia, pero estaba llegando a su fin.

Sin embargo, el desarrollo del movimiento obrero, tanto de tendencia anarquista como marxista, al reivindicar y luchar por otro tipo de relación social, y después de la victoria de la Revolución rusa y de la experiencia revolucionaria en la Península ibérica hasta 1937, evidenciaba que el capitalismo era un producto histórico concreto, una creación de los propios seres humanos y, por lo tanto, modificable. Su supuesta naturalidad era sólo un juego ideológico para justificar una validez universal y eterna. Pero esta esperanza en la revolución, en superar esta etapa histórica para llegar a una nueva meta también reclamada como definitiva, se ha ido desvaneciendo a medida que el Capital se imponía militarmente. La derrota en la guerra civil tanto española, como en la italiana, griega o portuguesa, las dictaduras militares en América Latina, la represión al movimiento autónomo en los 70 y el descomunal fracaso de la Revolución rusa, allanaron el camino para una implantación totalitaria del capitalismo. Al haber dejado de existir algún tipo de oposición real u otra alternativa, y junto con el triunfo de la sociedad de

consumo, proclaman desde 1989 que a partir de ahora viviremos en este eterno presente. El fin de la historia, de las utopías o de las ideologías es la negación absoluta de una nueva revolución. Pero si bien representa la característica definitoria de la posmodernidad, en realidad constituye la fase más perfecta del propio proyecto moderno, del triunfo del Capital a escala planetaria y de la democracia como su forma política más amable, justa y participativa.

A medida que en Occidente aumentaba el nivel de vida y aparecía la gran clase media, es decir, con la llegada de la sociedad de consumo y el estado del bienestar, el enfrentamiento contra el sistema perdería paulatinamente el sentido del proyecto histórico de la lucha de clases. A partir de entonces, se dejaría de combatir «contra» la explotación del capitalismo y comenzarían a aparecer una multitud de movimientos «a favor de», empezando en los años 60 por los derechos civiles de la población negra en los Estados Unidos, y apareciendo o integrándose luego el movimiento feminista, el de gays y lesbianas, el pacifista, el ecologista, el vegetarianismo, o más recientemente el de consumo ecológico⁴. Es decir, la derrota de la anterior lucha utópica dio lugar al pluralismo de la actualidad. La posmodernidad en el ámbito de las luchas políticas de antaño es el desconcierto provocado por la crisis y posterior desaparición de una alternativa concreta, la cual ha generado la aparición de multitud de luchas sociales, una heterogeneidad de críticas parciales que al atender generalmente a su problema particular, muchas veces pierden de

4. Si bien este proceso de auge comienza en los años 60, es a mediados de los 80 cuando se asienta definitivamente para llegar a la amalgama de «movimientos» existentes.

vista contra quién se están enfrentando. La estrategia del fin de la historia se encarga de promover que la lucha de clases ha acabado. En los tiempos actuales, difunden que el agente revolucionario sería «la no clase de no trabajadores»⁵, sustituyendo la noción de clase por la de sujeto individual. Ahora el enfrentamiento es de mujeres contra hombres, estudiantes contra profesoras, negras contra blancas, gais y lesbianas contra heterosexuales, etc. En definitiva, lo que buscan es que los movimientos sean interclasistas, que las identidades no puedan ser definidas por nuestra condición de explotadas, sino por lo que consumimos cuando salimos del trabajo. Es decir, el objetivo del sistema es negar que el capitalismo tenga algo que ver en la opresión de nuestras vidas.

Los movimientos sociales actuales, al haber nacido durante la derrota, generalmente han asumido la parcialidad posmoderna, y sus luchas dejan de englobarse en un conflicto constante contra el Estado y el Capital. De la misma manera que los sindicatos dejaron de hablar de la transformación del mundo y que los partidos de izquierda renunciaron al marxismo, la integración y la disolución de la lucha de clases también ha afectado a las antagonistas. No creemos

que eliminando el capitalismo eliminaremos todas las formas de dominación, y es evidente que para la construcción de una sociedad más libre es necesario combatir el patriarcado, el racismo, o la homofobia. Pero el problema consiste en que si estas luchas se toman de forma fragmentada y parcial, el único resultado que se obtiene es el propio perfeccionamiento, mejora o humanización de este sistema⁶. La prueba de esto nos la da el hecho de que estos «derechos» han sido más reconocidos en países donde el capitalismo se encuentra más desarrollado, como en Holanda donde el líder del partido de extrema derecha es homosexual, o como en Inglaterra donde el veganismo tiene su propia industria, mientras que en Grecia o en Sudamérica, con su carne y su machismo, continúan enfrentándose a la explotación diaria del Capital⁷.

Lo plural, lo fragmentado o la diversidad no existe cuando se trata de dirigir el mundo. El capitalismo moderno es uno sólo y cada vez está más presente en todos los ámbitos de nuestras vidas. Es mucho más que una estructura económica, y tanto el Estado como la democracia no pueden entenderse fuera de él. Es universal, único, y actualmente estamos viviendo su etapa más perfecta de dominación.

5. Groz André, *Farewell to the working class*, South End Press, Boston, 1982.

6. Y esto también nos puede pasar si encaramos el anticapitalismo sólo como la lucha contra sus aspectos económicos. Es por esto que entendemos por capitalismo no únicamente un sistema de dominación económica sino el conjunto de relaciones sociales que ha sabido integrar para su perfeccionamiento a esas dominaciones que, aún pudiendo existir sin él, en su combinación se han transformado en una versión aún más compleja y perfecta.

7. Aunque seguramente esta aclaración sobre, aquí intentamos reflejar una realidad y no hacer una escala de valores.

8. Agnes Heller y, Ferenc Feher, *Políticas de la posmodernidad*, Península, Barcelona, 1989, p. 161



Lo único que ahora está fragmentado, dividido y se considera plural son los movimientos en oposición o por la mejora del sistema. Lo único que ahora es heterogéneo son las críticas al Poder, pero éste está más fuerte que nunca. Es por esto que la posmodernidad, por mucho que se difunda que reacciona ante el proyecto moderno, es su propia culminación, extendiendo la democracia del Capital como la única realidad posible en el mundo.

Aunque algunas pensemos que llevamos dentro el germen de una sociedad futura al intuir alguna posible forma de superar la realidad, lo cierto es que ésta se encuentra enteramente dominada por la compra y venta de mercancías y que nosotras mismas llevamos otro germen mucho mayor, mucho más extendido, sobre las múltiples capas que conforman nuestro imaginario: el germen del individualismo capitalista, de la separación entre economía, política y vida. Aunque intuimos que es posible otra forma de existir, tan sólo somos capaces de pensarla en el reflejo de aquello que negamos, conformándonos demasiadas veces, por ejemplo, con la búsqueda de «otra economía» en vez de una crítica radical de la economía y de las relaciones que de ella se desprenden, volviendo así recuperable cualquier discurso que de entrada parezca antagónico. Es la retícula sobre la que se apoyan nuestros gestos la que está impregnada de la cultura capitalista, cualquier proyecto que se apoye en ésta está condenado a aumentar los márgenes de nuestra derrota.

Pero ¿cómo la superamos? Más allá de nuestra asumida pluralidad individual, de-

beríamos reconocer que hoy, al igual que antes, lo único que nos iguala a la gran mayoría es nuestra condición de explotadas, ya sea mediante un trabajo asalariado separado de la vida que queremos vivir o bien encontrando mecanismos para huir de él. Somos conscientes que el Poder ha desprestigiado tanto a las críticas utópicas que hoy día es tabú pronunciarse en este sentido. Planteamos la necesidad de relacionar la multitud de luchas parciales, pero con el objetivo de quitarles su demanda de mejora de valores y de condiciones individuales. Para que las luchas antipatriarcales, contra la homofobia, antidesarrollistas o por el cooperativismo económico sean irrecuperables, no deben plantearse como una apuesta por la educación, o la sensibilización de cara a crear unos nuevos valores sociales, sino que debe enmarcarse en una lucha conjunta que apueste por la eliminación del Estado y del capitalismo. Incluso algunas posmodernas lo dejan claro: «vamos a estar permanentemente en el presente, y quienquiera que quede insatisfecho ha de saber que una negación absoluta del presente terminará con toda probabilidad en una total pérdida de libertad o en una destrucción total»⁸. No queremos mejorar el presente, no asumimos el fin de la historia. Nuestros comportamientos o ideas no serán modificados por la crítica intelectual, mediante la concienciación, sino sólo mediante la transformación práctica de las relaciones sociales existentes. Que no la crítica, sino la revolución es la única fuerza que poseemos para alterar el curso de la historia.



Hablar, comunicar, querer decir algo más allá de la mera palabrería supone, hoy día, una ardua tarea, una tarea terriblemente dura, pero terriblemente necesaria. ¿Cómo nombrar cuando no tenemos las palabras, cuando ellas nos poseen a nosotras? ¿Cómo aprender a decir lo que sentimos sin antes desaprender aquello que ha sido sentido para nosotras y del que no formamos parte más que como meras espectadoras? Ardua tarea, pero impostergable. ¿Cómo decir alguna verdad verdadera? ¿Cómo desnudarnos y desnudarnos sin caer en el tremendo frío de la soledad y del miedo imbécil de aquélla que necesita

apoyos y se resiste a pedir ayuda, por miedo, por miedo y pánico a ser una más de las tantas necesitadas? ¿Cómo caer a estas alturas sin terror y con desasosiego? ¿Cómo aprender a hablar de nuevo sin caer en la trampa de tener que ser escuchadas de inmediato? ¿Cómo devolverle a las palabras su capacidad de transgresión ahora que la verdad sólo puede ser dicha cuando no es dicha para ser escuchada?

Barbaricémonos entonces, gritemos, deshagámonos del miedo a no ser entendidas: estamos impacientes de escuchar de nuevo alguna verdad.

Adoptando términos que no nos pertenecen; aportaciones para una superación de la democracia



Desde que nos han robado las palabras tan sólo podemos decir mentiras

Leído en las paredes del barrio de Gràcia

«Le llaman democracia y no lo es» gritan las manifestantes convencidas, llenas de indignación. No dolería tanto si no fuera porque esta consigna es coreada en casi todas las manifestaciones; no sería tan doloroso si no fuese porque suele ser en aquellas manifestaciones convocadas por nuestros entornos más cercanos¹. Esta mitificación de la democracia es producto, a nuestro parecer, de la confusión generalizada que hace que también haya quien se considere *de izquierdas* o que haga suyos conceptos tan genéricos como el de *movimientos sociales*. Si en este texto queremos tratar este tema no es por casualidad sino porque asistimos, hoy en día, a una lucha que, a falta de palabras que expresen con exactitud aquello que sentimos, acaba demasiadas veces por reforzar las estructuras que de entrada pretende combatir, reforzando los imaginarios con los que estas estructuras se conforman. Con este texto pretendemos hacer una invitación al análisis con la intención de desmitificar algunos conceptos y así poder situarlos donde estos se merezcan estar. Sacarlos de la ambigüedad a la que estamos acostumbradas y significarlos o resignificarlos para acercarnos a decir aquello que sentimos y pensamos, forzándonos a pensar un poco más aquello que decimos.

Democracias y demócratas

Nosotras no somos demócratas, nosotras no somos *antidemócratas*. Estamos en la búsqueda y en la lucha por la construcción de una sociedad

en la que las relaciones humanas no vengan mediadas por el dinero ni por el ejercicio de poder sobre las otras, ésta es nuestra intención. Encasillarnos en una crítica a la democracia sería igual de válido, pero a la vez igual de impreciso, que erigirse como *antipolicía* o *antitelevisión*. Aun así, pensamos que hace falta hacer un análisis de lo que supone hoy en día la democracia, ya que viendo como la lógica en la que ésta se sustenta se filtra en muchos de los discursos de algunas de nuestras compañeras, se nos vuelve muy difícil una ruptura real con el sistema de dominación actual. Atacamos la democracia porque es la forma más precisa y perversa que toma el capitalismo a la hora de gobernarnos. Atacamos la democracia porque su potencia desmovilizadora consiste, en buena medida, en movilizarnos dentro de los amplios márgenes que no la cuestionan. Atacamos la democracia porque no hemos renunciado a cambiar el mundo, porque aún no nos damos por vencidas y somos capaces de desear situaciones colectivas que desconocemos y porque intuimos que la vida no se sitúa dentro de los márgenes de lo que hoy día es posible.

Es cierto que algunas de nuestras compañeras más cercanas dirán que esta visión de la democracia es una visión equivocada y que esto de la democracia es, en esencia, otra cosa. No pretendemos iniciar un debate a nivel semántico, no es una cuestión de términos o adjetivos, nuestro debate pretende profundizar en como el ideal democrático se filtra en nuestros discursos y dinámicas neutralizándolos e imposibilitándonos descubrir formas de organización comunitaria que vayan más allá de las que ya conocemos y no nos satisfacen; que vayan más allá de la posibilidad de mejorar las condiciones

1. Afortunadamente, el entorno anarquista evita este tipo de consignas. Desgraciadamente, por la poca permeabilidad de parte de este entorno con otros cercanos, estos últimos no encuentran la crítica de la democracia en la que verse reflejadas.

de miseria humanas en las que vivimos creando rupturas reales con el modo relacional capitalista y patriarcal. Es más, a aquéllas que creen que la democracia es otra cosa, que piensan que nuevamente nuestras enemigas nos han robado esta bella palabra para designar su contrario, a todas ellas les decimos que están equivocadas. Las únicas que tergiversan el término son aquéllas que dicen oponerse a su forma actual. Es decir, no son nuestras enemigas sino algunas de nuestras compañeras de viaje las que nos confunden con su lenguaje ambiguo, haciendo que sigamos pensando según los términos de aquello que pretendemos combatir. Si lo que queremos es hacer caer el sistema de dominación actual —y es lo que queremos— nos hará falta esclarecer nuestro posicionamiento respecto a la forma en la que este dominio se manifiesta actualmente, para encontrar, de esta manera, la mejor forma de confrontarlo y superarlo.

Nos decidimos a hacer un análisis sobre los problemas que observamos en el uso y abuso de términos como *diálogo*, *consenso*, *paz* o *participación*, fruto y a la vez soporte de la lógica sobre la que descansa la democracia, conceptos de los que se nutre y a los que alimenta. Es por esto que nos decidimos a hablarlo abiertamente; somos iconoclastas y estamos decididas a romper con todo aquello que precediéndonos se nos demuestre errado; estamos predisuestas y dispuestas a abrir nuestra crítica a aquellos puntos que merezcan ser debatidos; hacer caer todo a aquello

que deba caer, aunque en algún momento nos haya ayudado a apoyarnos. Estamos en la búsqueda constante de las mejores formas con las que atacar al Estado conscientes que el pensamiento —y la acción que de éste deriva— no es jamás radical en lo absoluto sino en la capacidad de adecuarse a las circunstancias cambiantes: ahora nos toca criticar la democracia porque es la forma que toma el enemigo actualmente, pero sabemos que las herramientas que ayer nos ayudaron a combatirlo pueden sernos totalmente inútiles mañana.

Lo democrático

La consigna de todos los despotismos era: «No harás esto o lo otro». La voz de mando de los totalitarios era: «Harás esto o aquello». Nuestra orden es: «Eres».

1984, George Orwell

La democracia tiene hoy el Poder. Llamamos Poder a la capacidad de ejercer la voluntad propia sobre otras personas, ya sea por activa o por pasiva, sea por imposición o por persuasión. En un régimen dictatorial se ejerce, mayoritariamente, por la fuerza, en un régimen democrático mediante la persuasión, la seducción y la creación de verdades absolutas, dejando cada vez menos espacio para un cuestionamiento real. Si nos interesa estudiar el Poder es porque lo queremos combatir, y dándonos cuenta de la mutación que sufre el gobierno capitalista en un escenario dictatorial



respecto a uno democrático, tenemos que buscar las evidencias que reafirman y reproducen este Poder, no sólo en las evidencias más flagrantes sino en las pequeñas sutilezas y capilaridades que le dan auténtica consistencia. Es por esto que atacamos la democracia y el imaginario, aparentemente amplio, que la conforma.

Podemos definir la democracia como el final de un proceso de exterminio de la disidencia, como el principio de homogeneización cultural una vez que la gran mayoría de la población ha aceptado el funcionamiento del aparato de dominación; en el momento en que el Poder ya se ha vuelto hegemónico. No puede haber democracia mientras aún queden imaginarios colectivos lo suficientemente firmes como para hacer tambalear el Poder, mientras aún haya una posibilidad de transmisión cultural más allá de la dominante. La democracia no se puede realizar sin un exterminio físico, no tan sólo de la resistencia sino también de la cultura de la resistencia.

Entre democracia y dictadura encontraríamos la diferencia, a modo cuantitativo, en el nivel de represión que cada una precisa para poder conseguir sus mismos objetivos, sucediéndose la una a la otra según las necesidades del Estado. No es que la democracia no reprima con la misma intensidad que la dictadura sino que lo hace con una precisión mayor y de manera más acotada, adaptada a la nueva realidad social. A diferencia de lo que podría opinar una gran mayoría, pueden coexistir en el tiempo –y de hecho así lo hacen– en la forma de estados de excepción². La dictadura se trata pues de un estado de excepción generalizado mientras

que la democracia –por no hacerle falta esta generalización– se vuelve selectiva aplicando su mano dura tan sólo a aquellas capas de población que precisa doblegar o que no es capaz de silenciar mediante el ocio y el consumo: CIE, prisión, reformatorios –o el eufemismo de los centros reeducativos–, psiquiátricos... De lo que se trata, al fin y al cabo, es de preservar las bases del sistema capitalista: la propiedad privada y la disociación entre política, economía y vida. Aislando o exterminando aquello que pueda ponerla en cuestión.

Si la diferencia entre dictadura y democracia sólo fuese a nivel cuantitativo podríamos afirmar que entre éstas no habría una auténtica diferencia y que, por tanto, aquéllas que luchan por alcanzar una «verdadera» democracia no irían desencaminadas. Lo que nosotras observamos es que, además de la diferencia que opera a nivel cuantitativo, éstas presentan una diferencia abismal en la forma de gobernar y es aquí donde nos detenemos para demostrar que *ya* estamos en una auténtica democracia.

En una dictadura la represión es explícita porque lo que busca es evidenciar la capacidad que tiene para ejercer su poder. En este sentido la dictadura busca aterrorizar a su oposición haciendo pública su «mano dura» hacia sus enemigas, es decir, gobernando mediante una estrategia puramente conductista. Por otro lado, la democracia busca la complicidad, la participación, y en este caso su estrategia de gobierno se basa en la adhesión de la población a sus dictámenes mediante la seducción, la integración y, indispensablemente, la educación. La democracia no acepta la figura de la enemiga porque ésta

2. El estado de excepción es la suspensión del orden jurídico con carácter provisional y extraordinario que los Estados decretan al ver peligrar su gobierno sobre la población. Durante la democracia hay multitud de colectivos que viven en estado de excepción permanente viéndose privados de «derechos fundamentales». No entraremos aquí, no es éste el debate, sobre nuestro posicionamiento respecto de los derechos que disponen la mayoría de ciudadanas: personas migradas «sin papeles», personas presas, FIES, locas, tildadas de terroristas, enfermas terminales, niñas, etc.

se erige como «final de la historia». Por tanto, no concibe que nada, más allá de lo que clasifica como *patológico*, pueda desear un orden que la supere o la cuestione.

Acabar con la disidencia

Primero mataremos a todos los subversivos, luego mataremos a sus colaboradores, después a sus simpatizantes, enseguida a aquellos que permanecen indiferentes, y finalmente mataremos a los tímidos.

General Ibérico Saint Jean.
Gobernador de la Provincia de Buenos Aires. Mayo de 1977

En una democracia el Poder necesita legitimarse, en una dictadura el Poder precisa ejercerse. En una dictadura hace falta *acabar* con la enemiga, en una democracia hace falta *neutralizarla*. Una no puede existir sin la otra, son complementarias y es por esto que la democracia supone un estadio superior en la consecución de los objetivos capitalistas y resulta mucho más peligrosa, si no a nivel de ver peligrar nuestra integridad física, si frente a la dificultad de dibujar imaginarios de emancipación contrahegemónicos. Los dos sistemas son totalitarios, el uno por imposibilitar físicamente salirse de los márgenes establecidos y el otro por acaparar la totalidad de los imaginarios colectivos fagocitándolos, no dejando un espacio para otro lugar, otro mundo, que supere el capitalismo. Mientras que en una dictadura el malestar social se dirige hacia la búsqueda de complicidades con las que derruir el Poder, en una democracia, al no haber un horizonte de superación este malestar es reconducido hacia la esfera íntima, hacia la gestión individual. En una democracia ya no es preciso afianzar el Poder porque éste ya ha sido introyectado.

3. El concepto del doble vínculo es desarrollado por el antropólogo G. Bateson y trata de explicar aquella situación comunicativa en la cual se emite un mensaje contradictorio que implica, de forma no evidente, una cuestión o enunciado falso. Este concepto pretende explicar muchos de los orígenes de nuestras neurosis.

Los cimientos perversos de la democracia; sus mitos

Primer mito: de la dicotomía democracia/dictadura

El discurso democrático es potente en tanto que, al igual que el ciudadanista y cívico tienen a escala del gobierno de una ciudad, no admiten un discurso que se le oponga frontalmente, ya que nadie sería capaz de defender en oposición al diálogo un no-diálogo como solución de los conflictos o mear en la calle en contra del control policial de nuestras vidas. Esta trampa aparece dentro de lo que algunas llaman el *doble vínculo*³, trampa que dificulta muchísimo la creación de identidades propias que escapen de la unidimensionalidad capitalista. Este doble vínculo, sustentado en la lógica binaria, sitúa en oposición antagónica y sin margen para la discusión la falsa dicotomía entre trabajadora/parada, dictadura/democracia, ciudadana/antisistema, paz/violencia, vandalismo/civismo, loca/normal y tantas otras dualidades que el Estado utiliza para no dejar espacio a nada que escape de su lógica porque, si estás contra la democracia... estás a favor de la dictadura, ¿no? Este discurso no deja lugar a la oposición porque nos sitúa dentro de unos parámetros de aceptación de unas reglas donde el participar ya nos coloca en una situación de indefensión y de sumisión a la autoridad que configura las reglas del juego. Cuando nos decidimos a hablar o interaccionar de manera no violenta con aquella que nos está sometiendo admitimos una situación de desigualdad —mientras unas tienen el poder de ejercerse las otras tan sólo tienen el poder de aceptar las decisiones— y entonces nos ponemos en un plano de indefensión en el cual sólo

Desmitificación del origen de la democracia

Las primeras leyes aparecidas en la antigua Grecia reforzaban una realidad ya constituida anteriormente: proteger la propiedad de la tierra y de aquello producido en ella. En general, tanto la ladrona como la deudora se convertían en esclavas y si la propiedad se veía seriamente amenazada se aplicaba la pena de muerte. Pero si las terratenientes gobernaban a base de fuerza militar, el problema apareció con el desarrollo del comercio. La nueva clase ya no era propietaria de la tierra, pero acu-

muló riqueza y su actividad beneficiaba a las propias terratenientes al exportar sus productos. Como consecuencia exigieron violentamente entrar a formar parte del poder político, y éste se reformó en lo que se conoce como democracia (gobierno del pueblo) en oposición a la aristocracia (gobierno de las mejores, es decir, de las que más tierras poseían). Con el tiempo la participación se fue ampliando a todos los ciudadanos barones independientemente de su riqueza, y esto fue posible porque con el hecho de participar se aceptaba implícitamente la estructura

de dominación existente. De todos modos, el 80% de la población nunca tuvo aquel derecho, puesto que quedaban excluidas tanto las esclavas como las mujeres y las niñas.

El hecho de que después de la Revolución francesa se impusiese un sistema de gobierno similar no es ninguna coincidencia. Con una constitución que garantiza la legalidad del capitalismo, la participación democrática se mueve sólo dentro de sus parámetros aunque refuerce la ilusión burguesa de un supuesto poder basado en el consenso de la mayoría.

podemos, o aceptar las propuestas de aquella que nos oprime, o salir del juego y ser descalificadas como «intolerantes» o «malas perdedoras».

La trampa se encuentra en el carácter confuso de la pregunta: ¿Eres esto o su contrario? No dando margen para reconocernos de manera genuina nos instalamos en un plano que no nos pertenece, dentro de unos parámetros en los que sólo podemos ser definidas por aquellas que tienen el poder de definirnos socialmente, es decir, que tienen los medios de comunicación de masas y los mecanismos de transmisión cultural. Este cebo, del cual picamos con demasiada asiduidad, nos conduce a la ya típica fórmula de iniciar campañas de descriminalización a partir de decir que no somos aquello de lo que se nos tilda o dentro de la también estúpida fórmula de reconocernos como aquello que se nos identifica: ¿Somos terroristas? ¿Somos antisistemas? ¿Somos violentos? ¿Somos delincuentes? Ante sus preguntas cualquier respuesta nos hará morder el anzuelo; donde no hay una verdadera pregunta no hace falta que nos desgastemos procurando dar una respuesta.

Por otro lado y para desmitificar la dicotomía democracia/dictadura vemos que aunque en el territorio del Estado español no es habitual ver un despliegue del ejército no podemos decir lo mismo de los terrenos ocupados que sobrepasen sus fronteras. Así, mientras el gobierno dentro del Estado se hace de manera democrática el gobierno en los territorios ocupados se hace en la forma de estados de excepción generalizados⁴. Esta dicotomía es parte indiscernible del espectáculo democrático.

Segundo mito: del diálogo y del consenso

Uno de los mitos fundamentales sobre los que descansa la lógica democrática es el que sustenta que mediante el diálogo pueden ser resueltos todos los conflictos. Es evidente que el diálogo es básico para poder establecer comunicación con otras personas y así poder saber qué es aquello que necesitamos o aquello que sentimos, pero pensar que mediante este diálogo se pueden conciliar necesidades o intereses divergentes es bastante ingenuo.

La idea del consenso tiene sentido en el momento en que un conjunto de afectadas —una comunidad— precisa mantenerse unida

4. Casos como el de Irak, Afganistán o Angola, donde la publicidad de cara hacia dentro se hace en nombre de la «ayuda humanitaria» y donde, bajo un eufemismo que deja de serlo, se habla de «democratización del país».

en la resolución de un problema concreto; si no existe comunidad o si el problema –o el interés general– es difuso, este consenso no devendrá real ya que esconderá otros aspectos más allá de los señalados. Por ejemplo, cuando en una asamblea universitaria aparece gente que no ha participado antes para forzar que se desconvoque la huelga que le impide ir a clase, ¿qué deberíamos hacer? ¿sentarnos a hablar tranquilamente para intentar llegar a una decisión que nos incluya a todas o enviarlos a «freír espárragos» ante su actitud oportunista respecto a la asamblea? Los espacios de discusión y la posibilidad de consenso han de estar abiertos a aquéllas que estén dispuestas a respetarlos en todo momento. Cuando aparecen estos personajes no debemos verlos como meras estudiantes, son los portadores de aquello que estamos combatiendo lo que está entrando en nuestra asamblea.

5. Resultan increíbles las sandeces que se pueden escuchar en boca de Habermas y compañía (alejándose de la Escuela de Fráncfort y de las valiosas aportaciones que sus miembros hicieron acabada la 2ª Guerra Mundial), paradigma de lo que podría ser la derrota y el abandono de posturas radicales que pudieran herir las sensibilidades de algunas opiniones, sobretudo de aquéllas que financian las facultades donde estos personajes dictan cátedra.

La creación de consenso, lejos de lo que les gustaría a las partidarias de los procesos dialógicos⁵, no es un proceso ajeno a las relaciones de dominación y por tanto no puede separarse de éstas; contrariamente a las posturas políticas que intentan negar la confrontación –o la reservan sólo al ámbito de la palabra– el conflicto existe en el choque de intereses entre dominantes y dominadas y éste no puede ser resuelto mediante la palabra, entre otras cosas porque esta palabra no tiene el poder de ejecutarse mientras que los mecanismos que dispone el Poder sí.

El triunfo democrático se da en el momento en el cual el consenso se crea a partir de que los intereses de la clase dominada coinciden con los intereses de la clase dominante,

no antes. Sus ideales de felicidad, sus imaginarios de libertad, salud, amor...éste es el triunfo acaparador de la democracia, la ausencia –casi total– de discursos o imaginarios que la confronten o vayan más allá de ésta. Al fin y al cabo, en una sociedad democrática se nos permite decir todo aquello que pensemos porque estamos desprovistas de pensar verdaderamente aquello que decimos. Más que pensar, lo que hacemos es repetir. No se trata de hablar de política sino de hacer política; pensar y difundir aquello pensado, en una sociedad democrática, ya no da miedo porque el pensamiento desligado de la acción que lo precisa se vuelve inocuo para el Poder, parte de su espectáculo. La práctica revolucionaria precisa de una teoría revolucionaria, pero si no salimos de nuestros espacios de discusión para poner en práctica esta teoría nos enquistaremos y moriremos antes de nacer.

Tercer mito: de la mayoría y el respeto a las minorías

Se presupone que la democracia es el gobierno de las mayorías sobre las minorías, teniendo cada vez más en cuenta, en su desarrollo, a las minorías. ¿Son las mayorías las que cambian las situaciones o por el contrario, son las situaciones creadas por algunas minorías activas las que cambian el posicionamiento de las mayorías interpelándolas? Pero ¿qué quiere decir ser mayoría?

La democracia, en su sentido más amplio, se legitima en base a la suposición de que la mayoría –por el hecho de serlo– está en posesión de la *verdad*, es decir, que tiene la *razón*. Suposición anclada en la infamia de haber tenido que pasar por un

proceso de exterminio abierto de la disidencia, tanto física como simbólicamente, y de la potencia de su transgresión. Ser parte de la mayoría significa hoy aceptar las condiciones imperantes, no tomar partido⁶. La mayoría, en nuestras sociedades, es un conjunto de individuos atomizadas, gregarias a partir de su disgregación, unidas por su impermeabilidad, por la contradicción que emana de la convicción de que la otra aloja a la enemiga y la necesidad de salir de nuestro aislamiento buscando amistades reales más allá de compartir nuestra soledad. La mayoría es hoy día la individualidad desencantada y aséptica que *va haciendo* y se va conformando a la realidad sin tratar de transformarla, adaptándose a ella de manera terapéutica, encontrando remedios que le permitan hacer de su existencia una existencia soportable.

Nos interesa saber cuál es el origen de la lógica democrática que encontramos –tanto en la democracia burguesa como obrera⁷– en la Ilustración, base del ideal de la Modernidad que ampara al capitalismo –tanto liberal como de Estado–. Si nos interesa este apunte no es como dato histórico para darnos cuenta que el mismo concepto de *razón* es producto y resultado de las relaciones de dominación y de la cosmovisión particular de la clase dominante. La creación de verdades –y por tanto de voluntades y necesidades– es posible cuando se dispone del Poder, y éste, a su vez, viene otorgado por la capacidad de producir y reproducir las verdades que permiten consolidarlo. El triunfo total lo tenemos cuando la aceptación es la opción mayoritaria, siendo entonces la mayoría la que acepta ser gobernada con re-

signación y apatía.

Cuarto mito: de la paz como desconflictivización de las relaciones humanas

Que haya paz no quiere decir que no haya violencia. Nunca hay tanta paz como después de un bombardeo. Para mantener esta paz, la coacción y el miedo son herramientas indispensables que utiliza el capitalismo –y cualquier forma de dominio– para mantener sus privilegios intactos y evitar ser atacado. El ideal utópico burgués pretende evitar el conflicto llevándolo hacia el terreno democrático mediante el diálogo interclasista, a la vez que refuerza los aparatos que posibilitan el dominio y la explotación sobre la vida de sus esclavas.

En una relación de dominación aquella que domina siempre se justifica bajo la idea de que ésta responde a la «relación natural» de las personas⁸ y que, por lo tanto, no es impuesta. Ante la falta de referentes y la dificultad de crear otros horizontes más allá de los pautados muchas de nuestras compañeras de viaje acaban reproduciendo la idea utópica de consecución final de un lugar, una sociedad ausente de conflicto que tendría más que ver con poder soportar la miseria que no en combatirla. El conflicto es inherente a la condición humana en la relación que establece con su medio; el conflicto así como los intentos de resolverlo es lo que nos conduce a vincularnos a las demás, tejer afinidades, buscar complicidades, necesitar ayuda. Una vida sin conflictos, sin superaciones ni búsqueda es una vida que no merece tal nombre. Más allá de esto, los conflictos actuales existen además como fruto de las relaciones capitalistas y patriarcales y obviar-

6. Aun así, sabemos que hoy día la pretendida neutralidad supone, a su vez, una toma de partido a favor de la conservación del *status quo*.

7. El concepto obrerista de la democracia nace bajo la misma lógica que la democracia burguesa y no escapa de sus trampas: el concepto de razón, la separación entre política, economía y vida así como de la idea de que será un conjunto de gente, en este caso de trabajadoras, que por el hecho de serlo tendrán legitimidad para imponer su verdad como la única. Se trata de una nueva mitificación e idealización de un abstracto.

8. El ideal burgués se basa, entre otras máximas, en que la condición «natural» de la humanidad es ser un lobo para sí mismo pero ¿qué es antes, el huevo o la gallina? Esta máxima, junto con la teoría de la evolución de Darwin (y el darwinismo social que se desprende) da el apoyo teórico que la burguesía precisa para legitimar su posición de poder respecto al resto de la población.

lo o pretender evitar el malestar derivado de estas contradicciones sólo nos puede conducir a soportar de manera terapéutica nuestra conformación a una realidad delirante y opresiva; cabe decir que, hoy día, ésta es la opción más utilizada por la mayoría de la población⁹.

Quinto mito: de la igualdad

La ley, en su igualdad majestuosa, prohíbe tanto a los ricos como a los pobres que duerman bajo puentes, que pidan limosna en las calles, y que roben pan.

Anatole France

Las defensoras de la democracia –hablamos claro de aquéllas que lo hacen de buena fe– buscan la igualdad social a partir de la igualdad de derechos políticos, sin darse cuenta de que una igualdad de derechos políticos con una desigualdad de oportunidades vuelve falaz cualquier empresa emancipadora. Tiene sentido que podamos expresar cual es nuestra voluntad si en esta expresión se haya la posibilidad de ejercerla. Si, por un lado, nuestra voluntad es tan sólo una mera opinión o si, por el otro,

nuestra opinión viene condicionada por siglos de dominación y años de adoctrinamiento cultural mediante parvularios, escuelas, institutos, universidades, medios de información, etc., deberemos preguntarnos si esta igualdad es real o es una de las principales ficciones sobre las que descansa y se legitima el ideal democrático. No podemos obviar que ninguna acción puede ser genuina cuando aparece coaccionada bajo el trabajo asalariado y la propiedad privada.

Del mismo modo, la forma que toma la igualdad, al no ceñirse a la igualdad de oportunidades, se torna una voluntad de igualarse a aquélla que ostenta el Poder; así, lo que el concepto de *igualdad* esconde es, al fin y al cabo, una anulación de los rasgos diferenciales, una homogenización, una única manera de ser. Las luchas empezadas por el feminismo de la igualdad han sido reconducidas hacia el campo de la asepsia política, reconociendo que toda mujer puede acceder al Poder patriarcal siempre y cuando esté dispuesta a comportarse plenamente como un hombre. De la misma manera, el caso de Obama nos demuestra como cualquier negro puede llegar al gobierno de los

9. Sobre los índices de consumo de psicofármacos en una sociedad democrática como la inglesa ver en el apartado de reseñas el texto *Beyond Amnesty*.

10. Sobre el Fórum Internacional de las Culturas podéis leer el artículo: <http://www.espaienblanc.net/Barcelona-2004-El-fascismo.html>

Ciudadanismo, civismo... la necesidad de formar parte de la perversión

Una de las herramientas que conforma la democracia es la participación para que aquéllas que lo acepten se sientan partícipes y no puedan luchar contra la impostura sino destruyéndose a ellas mismas como ciudadanas. Esta trampa, utilizada en la gestión democrática de las grandes ciudades europeas, se muestra en el modelo ciudadanista y bajo la lógica del civismo. El desplazamiento de lo político al mero

espectáculo de la participación y escoger entre una u otra propuesta nos suele dar la sensación de autogestión de las problemáticas sociales. La trampa recae en el hecho de que éstas son, a su vez, un desplazamiento de las problemáticas reales hacia algunos de sus *síntomas*. Estas supuestas problemáticas son producidas por los medios de comunicación de masas y reproducidas en la forma de opinión pública por aquéllas que ya han desestimado todo tipo de intervención real en sus formas de existencia, por carencia de costumbre y por la difi-

cultad de vincularse realmente con las demás más allá de sentimientos de exaltación patriótica o, en el caso del ciudadanismo, de participación en la gestión de la ciudad y por lo tanto de exaltación de la pertenencia a la *marca Barcelona*. Allá donde no hay nada realmente movilizador lo que nos acaba moviendo es el espectáculo que han preparado para nosotras: actrices pero con un guión donde la improvisación no está permitida y donde un montón de apuntadoras con pistola, o sin, nos recuerdan lo que tenemos que hacer y lo que no.



Estados Unidos mientras sea, en esencia, un blanco heteronormativizado. Lo mismo pasaría con la homosexualidad, una lucha que ha sido reconducida hacia la neutralización de la transgresión que llevaba intrínseca al cuestionar el modelo familiar, llevándola hacia el campo de un reconocimiento de aquellos rasgos diferenciales que dejaban intacto el modelo policial familiar de transmisión cultural y apartando el resto.

Sexto mito: de la aceptación de la diferencia

Convertir la diferencia en mera diversidad supone el triunfo de todo ideal democrático. La democracia, al igual que el civismo, tiene un aparente amplio margen de tolerancia frente a la diversidad de discursos siempre y cuando ésta no sea más que eso: diversidad. Es decir, diferentes (*di*) versiones (*versidad*) de «lo mismo». Mientras el diálogo no devenga confrontación, mientras no existan enemigas sino adversarias políticas, mientras no haya violencia explícita sino tolerancia a los dictámenes de quien marca las reglas del juego se nos permitirá a todas poder jugar. Mientras estemos dispuestas a perder siempre, se nos permitirá «la oportunidad» de jugar siempre a ganar.

La globalización cultural se esconde hoy bajo el nombre de multiculturalismo. Ésta ya no tiene miedo de la *extraña* siempre que esta *extraña* en realidad no lo sea, mientras ésta se mueva

por los mismos intereses que mueven a toda la sociedad occidental –consumo e individualismo– y respete las normas para alcanzarlos. Es en esta misma dirección que hoy, como ya se ha señalado en diferentes artículos aparecidos a raíz del Fórum Universal de la Culturas¹⁰, se busca una diferencia aséptica, que no ponga en cuestión, que no haga tambalear los cimientos de la débil lógica capitalista, en definitiva, una diferencia que sea igual. La idea inconfesable sobre la que se asienta el multiculturalismo es la del carácter universalista de sus valores, aprobando o desaprobando aquello que no entienda o no acepte dentro de sus márgenes de lo tolerable. Vemos entonces que la trampa del multiculturalismo –o cultura democrática– es la de afirmar su superioridad a partir de dar o no el beneplácito ante ciertos caracteres de otras culturas –folklore p.e.– que hagan mantenerse intacta la cultura dominante. Al fin y al cabo, de lo que trata la multiculturalidad es de una *eugenesia cultural*.

Séptimo mito: de la libertad de expresión

Cuando la libertad de expresarse no está a la par con la capacidad para poder expresarse estamos hablando, sencillamente, de una representación ficticia de la libre expresión. Cuando todo el mundo puede decir lo que quiera pero tan sólo

una minoría privilegiada dispone de los medios para repetir hasta la saciedad sus verdades no podemos hablar de igualdad en las condiciones de expresión. Se nos permite decir todo lo que pensamos porque la repetición incesante desde el Poder eclipsa todo tipo de discurso contrahegemónico relegándolo a algo residual.

Poniéndonos palos en las ruedas

La política como arte de la separación

La democracia separa el acontecimiento auténticamente político hacia el mero espectáculo de la participación y de la gestión institucional. Este desplazamiento se basa en el mito de que todo conflicto puede ser resuelto a partir del diálogo, aunque sea interclasista. De esta manera, la política reconduce al campo de debate aquello que anteriormente había sido una lucha de intereses diametralmente opuestos. Reconciliando así, con una filigrana humanista, posturas de entrada irreconciliables como son la explotación de la gran parte de la población mundial y el beneficio de una minoría que posee el conocimiento y los medios de producción. Reconduce la figura de la enemiga de clase –si tú existes como clase adinerada es porque yo existo como clase miserable– a la figura de la adversaria política. La política consigue convivir en medio de la falacia de la igualdad de derechos políticos para todas las «ciudadanas» y la desigualdad de oportunidades para todas las personas.

Mientras que la abdicación de la voluntad de determinarse a sí mismos transforma a los individuos en apéndices de la máquina estatal, la política recompone en una falsa unidad la totalidad de los fragmentos.

«Diez puñaladas a la política» en
A Corps Perdu nº. 1 agosto del 2009

Pensamos que se vuelve necesario un apunte: *lo político* aparece con la intervención directa sobre el hecho de vivir en sociedad, sobre su totalidad y las incidencias que de esta vida se desprenden en nuestra cotidianidad. *La política* es, por contra, la especialización

de los asuntos globales, exige una separación de lo social que los hizo nacer para convertirlos en objeto de estudio. La democracia presenta las decisiones y la organización social como algo escindido de la vida misma, la política como algo separado de la forma de vivir. Ésta es una de las razones de peso por las cuales nos oponemos a la democracia, tenga los adjetivos que tenga.

Allí donde hay una intervención directa sobre la realidad, allí donde no hay comunicación entre el conjunto de afectadas, allí donde la vida es programada y vivida como un espectáculo, allí aparece la política y el ser individual, con su derecho a ser «ella misma», con su derecho a la privacidad, con su derecho a la soledad impermeable, con su derecho a votar dentro de un nicho para que nadie la vea, con su derecho a escoger entre una u otra marca del mismo producto, con su derecho a la indiferencia, a la sumisión, a la muerte en vida, con el derecho a participar de su propio exterminio.

El doble arte democrático: la creación de consenso y de deseos

Es posible reglamentar la mente pública exactamente igual que un ejército reglamenta a sus soldados.

Propaganda, Edward Bernays¹¹

Es más que habitual que a la hora de hablar de manipulación recurramos a la ya famosa frase de Goebbels, ministro de propaganda del Tercer Reich: «Di una mentira cien veces y se convertirá en una verdad». Esta frase, resumen de la función que desarrolla la propaganda política en cualquier régimen totalitario es, en relación a la frase de Bernays, la evidencia de la función que en toda democracia tienen los medios de comunicación de masas en la elaboración del consenso y evidencian, a su vez, el carácter manipulador de éste. Cualquier régimen totalitario se caracteriza por la ausencia de discursos que se le enfrenten y en el poder que éste tiene otorgado por la población que, por activa o por pasiva, reproduce las verdades dominantes.

Las ideas dominantes en cualquier época no han sido nunca más que las ideas de la clase dominante.

Manifiesto Comunista,
K. Marx y F. Engels

Actualmente, más allá de la creación de consensos, el Estado y el mercado aunan esfuerzos en la creación y/o potenciación de deseos afines a sus intereses. Éstos tienen, entre otras funciones, desviar los intereses reales de las individuos aisladas, mantenerlas dentro de los márgenes que generen beneficios y evitar la aparición de aquéllos que conduzcan hacia una superación de las relaciones de producción-reproducción capitalistas. Si a estas alturas no deseamos con suficiente fuerza la libertad es porque en muy pocas ocasiones hemos tenido la oportunidad de experimentarla de manera conjunta. Vemos interesante no ver esta creación de deseos como un mecanismo maquiavélico perfectamente estudiado sino como la reproducción del imaginario dominante y su mutación, invariable en su esencia. Podemos afirmar que, ahora mismo, la realidad es enteramente capitalista. El hedonismo, así como la conformación del pensamiento intelectual mayoritario hacia el abandono de tesis rupturistas, nos llevan a adaptarnos a aquello que ya conocemos y, en el caso de no satisfacernos, buscar más de aquello que nos han vendido como felicidad: más dinero, más lujo, más vacaciones, más amor, más sexo, más consumo, más, más... quedándonos en la ampliación interior de los márgenes que la misma miseria nos brinda.

De la participación como renuncia

«¡No os pedimos nada porque lo queremos todo!» se podía haber leído en alguna de las paredes du-

rante la lucha contra el proceso de Boloña, pero no fue así; el caso es que muchas de nosotras nos dimos cuenta demasiado tarde de que en la articulación discursiva de nuestras voluntades en base a una demanda se encontraba inherente el germen de nuestra derrota —de una de nuestras derrotas, por lo menos en el plano político—. Aun así este proceso fue necesario para que algunas de nosotras lo tengamos, desde entonces, un poco más claro.

Pensamos que no es posible entender el triunfo de la democracia —y por tanto el fracaso de las luchas proletarias— sin fijarnos en el increíble peso protagonizado por la sectorialización de la lucha, en la articulación de propuestas en forma de demandas y en el reconocimiento de una autoridad superior que de estas dinámicas se desprende¹². La democracia debe su triunfo especialmente a la capacidad de fagocitar con todo discurso que no se le oponga directamente. Pensamos que esto se hace posible en el momento en que la figura del Estado se vuelve permeable a las demandas de una parte de la población a quien somete —de las cuales quedan excluidas presas, niñas, inhabilitadas y personas migradas sin papeles— posibilitando espacios para que afloren las demandas y se articulen las luchas sociales a partir de discursos inteligibles, haciendo que éstas puedan ser reconducidas del campo de la confrontación-empoderamiento al campo de la gestión institucional.

Es a raíz del proceso de democratización de la población durante los años 70 que las luchas populares —ya sea desde las asambleas de vecinas como de las asociaciones de padres y madres de alumnos, etc.— reconducen sus reivindicaciones hacia el campo de demandas, siendo ahogadas

11. Edward Bernays fue líder de la industria de relaciones públicas de EEUU y miembro de la comisión Creel. Esta comisión, llamada también «Comité de Información Pública», apareció durante el gobierno de Woodrow Wilson en los años 20 en EEUU para poder hacer un giro de 180 grados en una opinión pública antibelicista y volverla favorable a la intervención armada de EEUU a favor de los aliados en la 2ª Guerra Mundial. La campaña «informaba» de datos como que «los alemanes arrancaban los brazos de los niños». Cabe decir que estas «informaciones» fueron extraídas, en su mayoría, del Ministerio de Interior Británico. Esta comisión se encargó, años más tarde, de la propaganda anticomunista en la caza de brujas de EEUU.

12. Con esto no queremos decir que las luchas parciales no puedan devenir revolucionarias ya que, en muchos casos (aunque no son la mayoría) estas luchas parten de posiciones sectoriales y, a medida que avanzan, van cogiendo una visión más global de la situación. Este hecho se da en aquellos contextos en los que las luchas son iniciadas por las propias afectadas en un ejercicio de acción directa y en la creación de sus propios mecanismos de defensa y autogestión. Es por esto que sabemos que no hay luchas reformistas sino métodos reformistas. Si una lucha se efectúa sin intermediarias entre las afectadas y el foco que genera el malestar da igual que se trate de un aumento salarial y que de entrada no se cuestione la misma figura del trabajo, de la misma manera que, por muy revolucionaria que de entrada parezca una lucha, si sus actrices no son las propias afectadas, será una lucha abandonada a la representación espectacular.

al entrar dentro del circuito burocrático de gestión municipal. Este proceso se da debido a la permeabilidad que desde los ayuntamientos y distritos –en el caso de Barcelona– se muestra frente a las problemáticas superficiales de la población, haciendo un flirteo con la democracia participativa. Este proceso resulta desmovilizador en tanto que da a una gran parte de la población despolitizada –y a mucha politizada también– la sensación de participación en el nuevo proceso que se abre durante la transición económica que domina el paso hacia el parlamentarismo. La legalización del Partido Comunista –¿para qué mantenerlo ilegal si en la práctica seguía la lógica democrática?– y los Pactos de la Moncloa, así como el posterior ascenso del PSOE, dieron por finalizado el proceso de democratización y la aniquilación de toda postura rupturista. Fijémonos actualmente en el caso protagonizado por Itziar González en la desmovilización de las luchas en el barrio de Ciutat Vella, que ha pasado de activista en el marco de conflictos vecinales como el del Forat de la Vergonya a concejal del distrito con la alcaldía de Hereu. En Barcelona es una constante desde las primeras elecciones municipales (1979) que el ayuntamiento ofrezca cargos de gestión a integrantes de los nombrados movimientos sociales. El paso del activismo a las instituciones justificaría la falsa ilusión de una colaboración ciudadana de izquierdas en el *proyecto Barcelona*, para el funcionamiento del cual se hace indispensable que cada una de sus miembros se crea partícipe o incluso socia.

Hacer habitable la perversión, tarea de las exrevolucionarias desencantadas

No podemos desligar esta renuncia, esta participación en la mejora del orden establecido, de una derrota política, de una resignación a darse por vencidas. No es gracias a las más reaccionarias que este sistema alimenta su perversión, no es por parte de ellas que la miseria se vuelve habitable y por tanto más infame. No es por parte de ellas que nacen las propuestas, los proyectos de participación, la integración o la reeducación social y las ayudas que vuelven soportable la miseria; no, no es por parte de éstas. Estas mejoras en las condiciones de existencia, este convertir la jaula en una urna de diamante, es gracias a aquéllas que han renunciado a todo cambio real, a toda ruptura con el orden establecido y que han optado por pulir las rugosidades que provoca el capitalismo haciendo menos evidente sus contradicciones y dificultándonos la oportunidad de encontrar cómplices, amigas, en nuestra lucha por su destrucción; desmovilizándonos, precisamente, movilizándonos hacia luchas parciales que no solucionan el problema sino que posibilitan que sigamos habitando en él.

La democracia, el Estado del bienestar y el keynesianismo que acabada la 2ª Guerra Mundial calmaron los ánimos revolucionarios de la mayoría de la población europea, aparecieron como concesiones de un capitalismo que veía peligrar su hegemonía ante un bloque soviético fuerte y de unas luchas proletarias que se extendían por todo el territorio. La socialdemocracia, a la caída del socialismo real –bloque soviético–, aparece como una defensa

del estadio demócrata del dominio; en defensa de las concesiones que el aparato burgués hace a las clases dominadas *para mitigar su descontento*. El Estado del bienestar aparece como concesiones para la mejora de las condiciones de existencia de las trabajadoras en aquellos Estados donde las condiciones de consciencia no han superado el linde de malestar-sumisión a malestar-revuelta. Diferente ha sido en aquellos Estados en los que sí se vio desbordado este límite y donde la intervención estatal se ha decantado más por medidas represivas sabiendo que no sería suficiente con contentar a las masas. Las posturas reformistas, en un principio, han surgido de los sectores sociales que, viendo peligrar su hegemonía, han decidido dar concesiones a las luchas proletarias llevándolas hacia el campo de la articulación de demandas. Estas posturas nunca habían sido iniciadas por el proletariado; nunca hasta ahora.

Podríamos explicar esta derrota frente a la incapacidad –o a la dificultad– de encontrar referentes más allá de los que tenemos marcados, siempre en los márgenes de aquello que sabemos posible. Nuestras posibilidades se ciñen entonces a luchas de carácter no-estructural que se limitan a «mejorar» las condiciones de existencia en un sistema que sabemos y sentimos que de por sí nos condena a la miseria.

¿Por qué hablar de democracia? ¿Es que no tenemos nuestros propios términos?

La mayoría de nosotras, en un momento u otro, ante la aparente carencia de palabras que definen nuestro modo de organizarnos comúnmente, hemos decidido poner adjetivos que puedan ajustar lo que ya conocemos a nuestras voluntades emancipadoras. Así pues, han aparecido en boca de muchas de nosotras –o personas cercanas– términos como democracia directa, democracia inclusiva, deliberativa, participativa, horizontal, etc. Al fin y al cabo, adjetivos que amoldan lo existente a nuestra necesidad de explicar un modo de organización que todavía desconocemos. El problema acontece en el momento en que las personas que sabemos que





lo que queremos y por lo que luchamos es por una sociedad en la que nuestras actividades no se efectúen de manera separada las unas de las otras, ni a partir de nadie que medie nuestras relaciones, acabamos por separar entre lo político, lo económico, lo medioambiental o lo relacional¹³. Pensamos que esto se debe a la dificultad que tenemos de imaginarnos posibles más allá de los que ya conocemos y que acabamos por adecuar nuestras propuestas y discursos en base a mejoras sobre lo establecido imposibilitando así ningún tipo de ruptura real con lo preexistente. Esto se debe a la presión por parte de la lógica positivista/racional de elaborar un discurso propositivo en confrontación a lo que no queremos.

Si no utilizamos términos como democracia directa es porque no nos conformamos con un modelo de organización estática, no queremos predefinir cómo tiene que ser nuestra manera de organizarnos mientras ésta no implique un abuso de autoridad. ¿Por qué ponerle un nombre a nuestro modo de organización social cuando ya disponemos de términos que nos orientan en nuestra lucha? Llamémoslo comunismo o anarquía; a veces nos perdemos en el camino. ¿Por qué ponerle adjetivos a la democracia? Anteponer otra democracia a la que ya existe parte de dos

errores fundamentales: o realmente es algo opuesto a aquello que ya está –en su calidad– y entonces ya estamos hablando de otra cosa –¿por qué llamarle democracia entonces?–, o bien estamos hablando de lo mismo y lo que pedimos es más democracia. En este último caso no conseguimos salirnos de los límites que nos marca el capitalismo, más bien lo contrario.

Y ahora, ¿somos capaces de hablar por nosotras mismas?

A base de hablar por las demás, a fuerza de hablar para las demás, hemos olvidado cómo hablar en primera persona. A base de repetición y rutina nos hemos descuidado de decir lo que realmente queremos y, por decir y volver a decir aquello que no hemos deseado realmente pero que nos imaginábamos mucho más comprensible para las otras, hemos acabado atrofiando nuestra palabra. La palabra que no es nuestra nos ha acabado invadiendo, ocupando un espacio al que pensábamos que no le habíamos dado entrada, instalándose y desarmando los gritos que todavía llevamos dentro. ¿Dónde están nuestras palabras? Colonizadas, decepcionadas, esperan impacientes que aprendamos a perder el miedo.

Es posible que el callejón sin salida en el que actualmente nos

13. Si nuestras miserias vienen marcadas por esta separación, su superación no puede venir por operar en una de sus partes. El cooperativismo no puede acabar con la explotación capitalista porque lo que quiere es gestionar el trabajo, de la misma manera que el asamblearismo no puede acabar con el Estado porque propone otra manera de administrar esta sociedad.

encontramos se deba –en buena medida– a la necesidad de que, inscritas en la tradición revolucionaria del pasado, nuestra lucha tenga una proyección aglutinadora, es decir, que la revolución será una cuestión de masas o no será. No estamos diciendo que la revolución –o incluso la insurrección– no tenga que ver con una unión de muchas más personas que no las que estamos actualmente, pero lo que sí que decimos es que demasiadas veces buscamos crear simpatía hacia nuestras luchas y que, por eso, éstas acaban despotencializándose. En un terreno marcado por el consumo y la mercancía, la voluntad aglutinadora acaba conformándose en la venta de un nuevo producto; al aproximar la revolución no como una cuestión de implicación y complicidad sino como una cuestión de atracción. La adhesión se da a partir de la necesidad de tener un discurso cómodo que sea agradable aunque no nos lo creamos, en vez de un discurso que pueda incomodar y provoque antipatía, a pesar de que sea el que pensemos. Preguntémosnos si a partir de discursos que no provoquen ninguna distorsión en la normalidad seremos capaces de superarla.

En la amalgama de gente que pasea aislada y hermética por las calles de esta ciudad pocas tienen ganas de superar su miseria, pero hay, y es a ellas a las que nos tendremos que dirigir, conscientes que las palabras que buscan cómo crear rupturas sólo serán escuchadas por aquellas que deseen una ruptura real, no por las que quieran palabras complacentes. Tan sólo podemos hablar a aquellas que tienen ganas de escuchar, aquellas que están predispuestas. Lo que queremos señalar es que no encontraremos complicidades reales si no empezamos a hablar por nosotras y no por aquello que presuponemos que las otras querrán escuchar. Si emprendemos este debate es porque observamos que dema-

siadas veces ante la poca aceptación de nuestros discursos o ante la aparente carencia de simpatía por parte de «el resto de la población» nos sentimos impotentes y caemos en la inactividad o, por otro lado, buscamos actividades que puedan ser asumidas por la mayoría descuidando a las que en una asamblea multitudinaria no serían consensuadas. Este ideal aglutinador nos hace caer a menudo en luchas posibilistas; nos hace buscar afinidades allá donde todo discurso se vuelve ambiguo; allá donde nuestras luchas ya no implican una interrupción de la cotidianidad; allá donde no hay ruptura hay sólo una acomodación al espectáculo democrático, un fortalecimiento de éste. Si esperamos a actuar cuando todo el mundo esté de acuerdo lo más probable es que acabemos por no hacer nada.

Nos hemos volcado a suavizar nuestro discurso, nuestras prácticas y nuestras formas para hacerlas comprensibles al resto debido a un estigma autoimpuesto –agravado por la supuesta y a veces inexistente opinión pública– que nos ha dificultado mostrarnos transparentes y que nos empuja a sentir como ilícitas nuestras prácticas habituales o nuestras vindicaciones.

La dificultad de crear sobre las cenizas

La única libertad que podemos saborear ahora se encuentra en la revuelta contra lo existente, en *lo negativo* que se pone manos a la obra, sin perder de vista que de lo que aquí se trata es de abrir la posibilidad de volver a hablar de *lo positivo*, de la *construcción* de algo nuevo. Como decían muchos viejos revolucionarios, la sociedad se fundará sobre las ruinas del viejo mundo.

«Autonomía... ¡no me jodas!» en
A Corps Perdú n.º 2, agosto del 2010

Sólo podremos crear sobre las cenizas. Queremos la autogestión derivada de la intervención

¿Fascismo posmoderno?

Fascismo posmoderno, de nuevo cuño, etc. términos que nos confunden y que señalan mutaciones en la forma de gobernar capitalista. Nosotras sabemos que este supuesto nuevo gobierno no es nuevo sino la dirección en la que avanza toda democracia: la aniquilación de la disidencia y

de todo aquello que la pueda poner en cuestión. Entonces, ¿por qué nos confundimos con nuevos términos que no hacen más que marcar supuestas diferencias que en esencia no existen? Pensamos que estos nuevos conceptos dificultan ver las evidencias que demuestran las bases miserables sobre las que se necesita apoyar

el capitalismo: la propiedad privada y la separación entre política, economía y vida. Tendríamos que aprender a analizar la realidad para hacer cada vez más evidentes las perversiones en vez de cada vez más difusas; quizás sería interesante empezar por no crear palabras nuevas que describan aquello que ya tiene un nombre.

directa en nuestros propios conflictos, sin mediadoras, sin burócratas, sin especialistas. Todo está por crear: la esclava no sabe qué puede ser, más allá de su esclavitud, hasta que niega su condición y se revela; mientras sigamos pensando que nuestras luchas las hacemos como trabajadoras no podremos salirnos de la demanda de mejoras en nuestras condiciones miserables de explotación; mientras no neguemos la miseria en la alienación del control sobre nuestras vidas no haremos más que perpetuar la continuidad del espectáculo. Sólo negándonos a ser aquello que somos en esta sociedad y buscando afinidades que vuelvan nuestra lucha una lucha colectiva podremos intuir la superación de nuestra condición. Ahora mismo no sabemos qué quiere decir *ser más* y lo confundimos a veces con *tener más*. Este ideal se enmarca dentro de los parámetros de los límites de lo posible, y aquello que sabemos posible es, hoy por hoy, infame. Si a principios del siglo pasado fue posible un imaginario colectivo que empoderase a la gente a luchar por la anarquía fue porque la anarquía era vivida, de manera embrionaria, en la cotidianidad de las relaciones sociales que existían en los barrios, ya fuera en los ateneos, en el apoyo mutuo o en las luchas obreras contra la patronal. Hoy por hoy, este imaginario no sólo no es colectivo sino que muchas de nosotras no nos acabamos de creer aquello que estamos haciendo. Tal y como señalaba el texto *Ai ferri corti*: «la cuestión es empezar a tomárselo en serio».

Cualquier lucha que quiera superar el orden actual precisa de dos frentes, uno ofensivo y otro defensivo. Actualmente el discurso democrático ha conseguido calar tan adentro que no somos capaces de defender aquello que verdaderamente podría ser nuestro —por carencia de imaginarios que lo confronten— y es por eso que no somos capaces de creernos la superación de las relaciones capitalistas. Por eso queremos apostar por el conflicto, por la negación contundente de aquello que nos precede, conscientes que tal como señaló alguien: «no lo habremos destruido todo hasta que hayamos destruido también los escombros». Es en este conflicto, como ya hemos señalado anteriormente, donde encontramos la vinculación auténtica con las demás y el germen de aquello que queremos defender.

Si no lo hacemos así, y normalmente no lo hacemos así, continuaremos reproduciendo en nuestras luchas aquello que pretendemos combatir. No sabremos salirnos de los imaginarios que esta sociedad nos brinda, porque a pesar de que busquemos libertad acabaremos creando más y más democracia. Esto lo podemos ver en los momentos de efervescencia en la lucha y el caso de la pasada huelga de septiembre es un buen ejemplo. Cuando vemos a la Asamblea de Barcelona como potencial aglutinante y de lucha ¿no estamos viendo también el reflejo de lo que podría ser un espacio de gestión política de la ciudad? ¿No serían los comités de huelga su versión en el barrio? No queremos desmerecer el trabajo hecho de cara a la huelga, pero sí queremos poner en cuestión que éste sea el modelo de funcionamiento al que aspiramos. Descentralizar el Poder no es eliminarlo sino hacerlo más local. No tenemos claro cuál sería la forma de funcionar más cercana a aquello que defendemos pero no nos acaba de convencer la creación de mini-parlamentos para solucionar el problema de los parlamentos. ¿Cuánta gente de nuestro alrededor se está cuestionando esto? ¿Cuántas compañeras de lucha sueñan con asambleas generales multitudinarias? ¿Queremos libertad o queremos democracia?

No sabemos lo que está por venir, no lo queremos saber, no nos gusta la idea de perder la posibilidad de disfrutar del camino o de hipotecarlo en beneficio de una consecución final. Ya nos estamos organizando y nos gusta vivir entre nosotras... pero no tenemos bastante. Nos apasionan los momentos en que nos encontramos juntas en las calles, en las plazas, en el huerto o descubriendo otras maneras de querernos más allá de las heteronormativizadas, pero no tenemos bastante. No tenemos bastante porque nuestra vida consta, hoy por hoy, sólo de pinceladas inconexas o de momentos de euforia colectiva en los que podemos discernir entre la vida y la cotidianidad; nos da miedo volver cada día a la normalidad. Es por eso que nuestro futuro pasa inequívocamente por creernos el presente y empezar a vivir como queremos desde ahora, siendo cada vez más las que experimentemos nuevas formas de relacionarnos confrontando el orden establecido. No queremos diferenciar entre medios y fines porque, al fin y al cabo, los fines están hechos de medios. Satisfacer nuestras necesidades ma-

teriales y sociales sin que vengan mediadas por el dinero es lo que queremos conseguir y sabemos que, actualmente, estamos carentes de referentes. No queremos ninguna transición hacia ningún estadio, es la propia insurrección, el propio conflicto y la manera como lo afrontemos lo que nos dará la clave, no por una sociedad futura, sino por una sociedad vivida desde el presente con todos sus aspectos en comunión. No pensamos que sea necesario ni deseable establecer cómo será el modelo organizativo que tendremos en un futuro. Lo que sí vemos necesario es que sólo entendiendo que en la confrontación con nuestros malestares más allá de la esfera íntima es donde encontraremos –y encontramos– la necesidad de cuidar nuestra relación con las demás buscando la mejor manera de realizar la comunidad humana. En un momento donde los malestares son resueltos en la individualidad y de manera, mayoritariamente, terapéutica a nosotras también nos cuesta ver la posibilidad de una organización social donde lo primordial sea la conservación de aquello común, de la comunidad. Nos cuesta, y es por eso que queremos descubrir cuáles son los frenos en la construcción de imaginarios colectivos que superen el orden actual. Anticiparnos cuando todavía desconocemos, si no por com-

pleto sí que de manera muy embrionaria, como serán las nuevas relaciones que emergerán de la intervención directa y común de la resolución de nuestros propios conflictos nos lleva a menudo a definir, según aquello que ya conocemos, las nuevas formas que vamos descubriendo paso a paso en la lucha. La obsesión de saber qué somos y cómo nos organizamos nos ancla a realidades que nuestras dinámicas ya han empezado a superar. Quizás, al fin y al cabo, podremos superar los modelos organizativos que conocemos y no nos satisfacen cuando nos dejemos de preguntar cómo, ya organizándonos, nos estamos organizando. No se trata de descubrir cuál es la organización ideal, sino de avanzar en la organización de nuestras afinidades, encontrándonos, descubriéndonos, cuidándonos.

No aspiramos a llegar a ningún buen puerto, nuestro camino está bajo nuestros pies. De la sinceridad y la consecuencia con la que demos los pasos depende que los imposibles que hoy sólo soñamos acontezcan realidad, creando situaciones que nos empujen a encontrarnos, agujereando la cotidianidad unidimensional, haciendo de la excepción el germen de una vida que intuimos pero que todavía desconocemos.



NO DAR EL

BRAZO A

TORCER

la violencia como herramienta política

Bajo el peso de sus palabras

Violencia, palabra maldita, como tantas otras. Palabras desgastadas, violadas, robadas. Paz, libertad, justicia, terrorismo, igualdad, etc. Violencia, como arma cargada al servicio del Poder y a las órdenes de una comunicación que no comunica, que impone. Violencia, como definición de toda práctica y acción de las que se encuentran fuera, de las que no se circunscriben dentro de este pantano llamado democracia.

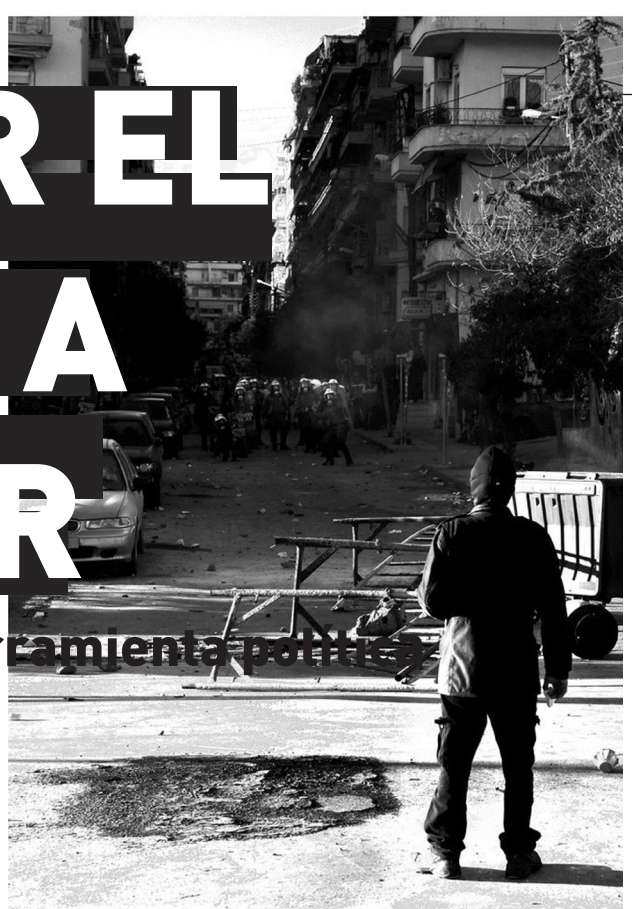
¿Cómo podría ser si no? ¿La violencia algo propio de un Estado moderno, avanzado y científicamente desarrollado?

Como buen producto de la lógica mercantil que es, esta sociedad se construye simbólicamente a través de sus instituciones de marketing y sus aparatos de propaganda alrededor de lo bueno y lo positivo, fagocitando todo discurso y práctica que en algún momento pudiera haberla puesto en cuestión. Así es como esta sociedad existe por la paz, contra la guerra y la violencia, por la libertad, por la ecología, por la educación, construyéndose discursivamente alrededor de los valores que han impregnado el humanismo y los Estados modernos.

Se nos pretende convencer de que la violencia ya no es propia de las democracias avanzadas, que es algo primitivo, del pasado, de seres irracionales; siempre de *la otra*. Y así se sumerge esta sociedad en una esquizofrenia absoluta, producida por la dicotomía con la que

se presenta el problema de la violencia. Por una parte, está la sociedad que se nos muestra como el intento infinito de ausencia de conflicto, de fuerza, valiéndose de la resolución de los problemas públicos con los mecanismos óptimos de negociación y diálogo. Por la otra, la paranoia securitaria nos avasalla con miles de crímenes y con un estado de profundo e inmenso malestar que estalla con las peores de las violencias: de género, en el fútbol, de las mafias, en la prostitución; crímenes horribles, violaciones, maltratos, terrorismo; y de fondo, dominándolo todo, la catástrofe, la miseria y la guerra de las que viven fuera de nuestro paraíso, para que no hagamos comparaciones odiosas. Ante esto, no queda otra solución que la de controlar, vigilar, regular, dominar una sociedad supuestamente pacificada, cívica, ordenada; y en ciertas circunstancias recurrir a la desagradable elección de usar la violencia para restablecer la paz y el orden, para que todo vuelva a su cauce, a la tan preciada normalidad.

Se nos presentan dos mundos: el del bien y el del mal; el de ellas y el de nosotras; el de la gente integrada que participa con su abnegado consentimiento y el de las excluidas que se



revuelven en el lodazal de la delincuencia o la marginación. Quienes en un momento dado pueden hacer tambalear esta paz de castillo de cartas, sostenida con el miedo y la sumisión.

Éstos son los mitos sobre los que se construye nuestra sociedad en relación a la violencia. Tantos siglos de violencia explícita, reconocida y defendida por todas, con poquísimas excepciones, produjeron un cambio en las palabras del Poder. A nuestras espaldas quedan difuminadas las batallas de la guerra de clases, los combates que cambiaron poco a poco el discurso; gente que se había levantado precisamente contra la violencia organizada del Estado y el Capital bien merecía una respuesta, y no sólo física sino también en la construcción del lenguaje y los símbolos del Poder.

Y aquí nos encontramos las que nos declaramos enemigas de esta sociedad, teniendo que soportar esta inmensa carga, con la ardua tarea de crear y generar discursos que puedan superar todo este orden simbólico que domina la sociedad. Ya que ahora quien usa la violencia está contra la democracia, lícita, legítima, y eso nos pone en la tesitura de tener que elegir entre dos opciones complementarias y bien definidas: por un lado, *alabar el terrorismo y escupir al mundo*, por el otro, *juzgarlo severamente y asumir la moral del pacifismo*.

Desnudando el concepto de violencia

La violencia suave del exterminio es aquella que consensúa, pacífica, neutraliza, controla con la finalidad de determinar una situación no violenta, mucho más espectacular y aparente que real, que permite existir la continuidad de la violencia del sistema sin que se le oponga una violencia antagónica.

La Agonía del Poder.
Jean Baudrillard

Del Estado al hombre es orden, del hombre al Estado violencia, esta paz huele mal.

La Polla Records

Para poder hablar de violencia necesitamos primero entender el marco en el que desarrollamos la discusión. Más allá de lo que nos sugieran las ideologías, debemos ver el modo

en el que se desarrolla la sociedad democrática occidental. La violencia explícita, física, es para la sociedad menos visible por los contextos pacificados que vivimos. En cambio, para distintos sectores sociales que no han abandonado las prácticas de ilegalidad el sistema reprime duramente, no siendo así con el entorno político que goza del margen de maniobra que le otorga la legalidad. Los sectores sometidos a una violencia abierta son pocos y dilatados en el tiempo. La tortura sistemática-metodológica existe más bien contra las inmigrantes y las presas que contra las demás capas de la sociedad. La violencia estatal golpea mucho más a la delincuencia que a las antagonistas. Eso no quita que se recurra al escarmiento contra los sectores que persisten en una política de combatividad.

Y sumada a esta violencia explícita, la violencia estructural persiste, a ella nos remitimos. La esclavitud asalariada como única manera de supervivencia no es una mera coacción. La dependencia al salario nos convierte en seres vulnerables a la economía; la imposición del lugar, ritmos y horarios de trabajo nos condicionan hasta el punto de hacer girar por completo nuestra vida en torno a él; la productividad mira con indiferencia el goteo continuo de accidentes y la siniestralidad laboral. La mayor pobreza y miseria continúa siendo endémica en ciertos barrios y gentes; el ascenso social es una ilusión angustiante que genera impotencia y frustración; los estatus sociales estigmatizan insultando e humillando. La lógica del beneficio no entiende de moral, no tiene resentimientos ni mala consciencia. Es así como la violencia más descarnada se reproduce reestructurando los barrios, barriendo de golpe el tejido social, las relaciones y las costumbres, condenando a la marginación y la pobreza a sus exiliadas. La pérdida de comunidad, fraternidad y hermandad, así como las individualistas, falsas y superficiales relaciones sociales que vivimos conllevan que, para muchas, la vida sea una auténtica tortura, un sufrimiento que se manifiesta en un sinnúmero de malestares psíquicos que sólo encuentran salida en la medicalización, las autolesiones o el suicidio.

De la misma manera, los privilegios del mundo heteronormativo y masculino, enraizados en nuestras relaciones, se esconden tras la aparente igualdad de oportunidades y trato para seguir persistiendo en la sutil —y a menudo no tanto— violencia del patriarcado.

Esta violencia estructural menos explícita esconde la evidencia del conflicto, permite la continuidad del sistema de dominación sin que las desfavorecidas vean y concreten a sus enemigas, acusando a otras de sus males, refugiándose en la comodidad de los discursos que dictan los medios de comunicación. En lo laboral, lo que en la economía de la modernidad permitía definir claramente, sin tapujos, como clases sociales, la actual descentralización de la industria y terciarización de la economía que han conllevado autónomos, multitud de pequeños negocios, profesionales liberales, etc. permite que esta violencia económica no tenga una responsable clara, una definición concreta, como bien lo podía tener años atrás, sino que se diluye en el magma de lo personal. La culpa ahora es mía, de la de al lado, de las chinas, de esta jefa o aquella empresa, pero no del capitalismo.

La mentalidad del progreso da argumentos a toda reestructuración urbana y metropolización de lo rural, no importa cuales sean sus consecuencias. Es así que nos venden que el barrio del Carmelo¹ es un sitio aislado donde viven muchas abuelas, donde se necesita una parada metro. ¿Qué importan los bloques que van al suelo, las vecinas desplazadas y la consecuente revalorización del barrio que echará realmente a muchas de ellas? El progreso no es un discurso, no es una propuesta, no es una discusión, es un hecho.

1. En el año 2005, uno de los túneles de la obra que está construyendo el metro en el barrio se hunde parcialmente. Las consecuencias inmediatas son el desalojo de más de un millar de personas y el derribo de cuatro edificios.

Nos dicen que la tortura evidente del dolor psíquico de muchas no es un problema estructural. No es la manifestación clara de una vida nociva, sino un problema personal. Aunque todas estemos medicadas o vayamos a psiquiatras y psicólogas, es mi problema, el tuyo, el suyo, pero nunca *el nuestro*.

Por lo que al sistema patriarcal se refiere, el espejismo de igualdad que la «liberación de la mujer» ofreció permite que la violencia se desdibuje en gestos, actitudes, maneras de hacer y vivir, de relacionarse y de maltratarse. Así se normaliza y se asienta en los pilares de esta cultura, una vez más, la violencia sexista, haciéndonos sentir que no hay nada más de que quejarse aunque todo siga oliendo a dominación masculina.

Y más allá de nuestros barrios y ciudades, a nivel macroestructural, la violencia se despliega, por fin, en todo su esplendor. La lógica del beneficio capitalista, que exige la dominación de los recursos y del mercado, se asienta en el mayor uso de la fuerza. Existe la guerra como negocio y la guerra como control geoestratégico y económico.

El capitalismo se fundamenta, por lo tanto, en la violencia más profunda. Allí donde exista la servidumbre reinará la serenidad y donde exista una resistencia a sus intereses aplicará la fuerza y si la cosa persiste, la guerra. Lo más brillante es haber conseguido pacificar esta sociedad, consiguiendo evitar una respuesta social a los agravios que sufre la población. No somos ingenuas, las conquistas laborales y la mayor capacidad de consumo han sido motores importantes para este proceso, pero la idiotización generalizada y la sumisión a la democracia han operado en otros campos. Puede



que las conquistas laborales fueran el Caballo de Troya para penetrar en la mente de la gente pero, una vez allí, han sido las puertas abiertas a la televisión y otros medios de comunicación las que han dilapidado cualquier comportamiento crítico. Del mismo modo, en nada ayudan la falta de horizontes o alternativas en los que poder afianzarse. La ideologización de la población ha sido casi perfecta, y la respuesta o, más bien, la ausencia de ella a la presente crisis económica nos demuestra claramente este hecho.

El Poder es hegemónico, aplasta la realidad de cada una y se manifiesta en nuestras vidas para dictar las órdenes que debemos acatar. A través de los medios de comunicación nos imponen las verdades aceptadas, las verdades que más tarde serán aceptadas como únicas y universales. Y a través de la cotidianidad el consenso social se consolida. Ellas son la voz reconocida por todas y así son la moral, los códigos que seguimos. Es por ello que podemos entender y sentir comportamientos y armas de quienes suelen utilizar la violencia como pacíficas y, en cambio, las reacciones frente a su hegemonía como violencia.

A pesar de toda esta violencia estructural, en un estado de esquizofrenia absoluta, celebramos una fiesta en nombre de la tan denostada libertad a cada paso que se agudiza el lodazal

de dispositivos de control de esta sociedad. Mientras el orden se reestructura, leyes y reglamentaciones nos imponen normas y deberes, regulando cada vez más nuestras vidas. A parte de este aparato legal y de contención psicológica, las cárceles, los ejércitos, las policías y la seguridad privada se multiplican en número y complejidad.

Pese a que el grado de violencia represiva mantiene relación con el de la conflictividad social, este incremento y diversificación del control de la sociedad —las reformas y endurecimiento de leyes y penas, la multiplicación de infraestructuras y técnicas a disposición de la represión, el aumento de efectivos— es también la lógica del dominio.

El problema reside en las maneras con las que nos oponemos a toda esta violencia.

Típicos y tópicos; juicios y prejuicios; alarde y desprecio de la violencia

La acción política se desarrolla en Barcelona por distintos grupos y personas. Existen diferentes maneras de entender la política, existen diferentes culturas e ideologías. Las ideas y acciones de estos grupos difícilmente seguirán los rígidos esquemas de las posturas que queremos criticar. Pero lo cierto es que con estos ejem-

plos mostramos muchos comportamientos que se dan en la práctica y de los que nosotras tampoco estamos exentas.

Por un lado, tenemos el pacifismo que ve el recurso a la violencia como una derrota moral o bien como la demostración impotente de la poca conciencia de las masas. Por otro lado, existe la concepción del pacifismo táctico, en este caso la violencia es la herramienta que guardan bajo las sábanas y sacarán a relucir el día en que las masas se alcen. De manera complementaria también hay quienes defienden la pluralidad de tácticas para después no saber salir de aquéllas violentas. Finalmente están las que creen que la acción política sólo puede vehicularse a través de la violencia, confundiendo el enfrentamiento y el conflicto con ella. La violencia está estigmatizada.

Nos interesa discutir sobre la acción violenta, queremos reflexionar sobre las prácticas reales y sobre

los fantasmas que despierta para evidenciar y despojarle de las mentiras e ilusiones que permiten este estigma.

Pacifismo

El pacifismo² se basa en diversos argumentos y razones. Aquí señalaremos sólo los argumentos más filosóficos, ya que sus razones estratégicas coinciden, a grandes rasgos, con las ideas del pacifismo táctico.

Las razones morales hunden sus fundamentos en la difícil dicotomía del *bien* y el *mal*. Básicamente, se resume en la imposibilidad de enfrentarnos a la sociedad presente actuando en desacuerdo con la idea moral de nuestra sociedad futura. Si señalamos ciertas formas de hacer como malas acciones, moralmente hablando, recurrir a ellas sería convertirse en nuestras enemigas. De la misma manera que sería ilógico luchar por un mundo sin autoridad y jerarquías con un ejército, lo es usar la violencia por

2. El pacifismo como la mayoría de corrientes de pensamiento e ideologías tiene distintas interpretaciones. Y evidentemente no todas se fundamentan en lo que exponemos aquí. No tenemos ninguna intención de hacer un análisis de todas ellas, sencillamente, apuntamos algunas concepciones generales para señalar nuestra posición.



un mundo donde el funcionamiento de la vida en sociedad se fundamentaría en la horizontalidad, el apoyo mutuo, el respeto y la fraternidad en lugar de la coacción, el chantaje y la fuerza.

En este sentido, las pacifistas creen que oponerse a la violencia del Estado mediante otra violencia no permite salirse de la lógica en la que nos encierra el mundo basado en la dominación. Reproducimos, en cierto modo, la lógica del autoritarismo, anteponiendo los fines a los medios, lo que nos lleva –inevitablemente– a convertirnos en seres capaces de hacer a otras lo que padecemos nosotras día a día. Todas aquellas acciones que conducen a hacer sufrir y extender el daño a otras personas son malas. Las justificaciones al uso del daño necesario para evitar otro mayor son inaceptables ya que siempre existen formas de lucha alternativas a la violenta. Por ello, las pacifistas nos dicen que es necesario oponerse a la violencia sistémica con nuestras propias formas de resistencia, siempre acordes a nuestras ideas. Dicen que hay que buscar formas pacíficas de enfrentarnos para realmente revolucionar la sociedad.

Con esta postura, esencialmente, creen que la progresiva educación de la gente es la herramienta que permitirá sacudirnos del permanente estado de pasividad y obediencia. Así pues, la propaganda y la difusión de nuestras ideas toman el papel central para llegar a la organización social que permitirá la emancipación mediante la insu- misión política y económica. Mediante la persuasión racional y el contraste práctico de las diferentes ideas se llegaría al convencimiento –si es que tenemos razón– de la población. Y mediante una tenacidad inquebrantable, pacífica, las autori-

dades no tendrían otro remedio que ceder a la voluntad de las masas.

Todas entendemos que las formas de actuar violentas, aquellas que imponen unas relaciones sociales y personales en las que las violentadas no tienen la posibilidad de elegir, incluso resistirse a ellas, son abominables. Vulneran el principio de libertad que debería fundamentar y regir la vida de todas. Pero también es cierto que dentro de lo que se denomina violento caben muchas maneras de actuar y no todas expresan el mismo contenido y, por lo tanto, no son autoritarias ni opresivas de la misma manera.

A diferencia de lo que piensan las pacifistas creemos que el uso de la fuerza es inseparable de la vida. No decimos esto alegremente. La naturaleza es armoniosa, equilibrada, etc. pero también en ella se expresan las duras condiciones de supervivencia y las relaciones que de ella se derivan entre los diferentes seres vivos. Esto se reproduce en inevitables choques de intereses que se manifiestan en múltiples conflictos: cadena alimentaria sobretodo, pero también control del territorio y sus recursos³. No creemos que ninguna sociedad pueda existir sin conflictos –de hecho ni lo pensamos ni lo queremos– ni tampoco que se pueda construir un mundo con ausencia de fuerza. Sí creemos que se pueden crear los presupuestos para que una sociedad tenga el máximo de mecanismos para disminuir la violencia como mediadora de los conflictos y que existe el modo de hacer de ella lo más acorde con el principio de vivir basado en la máxima expresión de libertad. Pero no soñamos con paraísos perfectos. Esto explica mejor cómo para nosotras ciertas formas de violencia no están reñidas con nuestros códi-

3. No queremos confundir lo que estamos expresando. Cuando hablamos en estos términos, evidentemente estamos pensando en culturas y sociedades mucho más pequeñas y equilibradas con su ecosistema y, por extensión, con toda la Tierra. El asentamiento en un espacio o sus recorridos nómadas modifican el territorio, lo hacen más apto y facilitan recursos para algunas especies y lo dificultan a otras. Esta competencia natural modifica las relaciones entre seres vivos. Cuando estas fluctuaciones no dañan irreversiblemente el medio son parte de distintos estadios de sucesión inherentes de un hábitat equilibrado, ya que éste no es inmóvil sino que está en continua modificación por acción de los agentes naturales (vivos o no).



gos morales. Nunca nadie debería dejarse pisar, ni en ésta ni en ninguna sociedad, y si para ello tiene que recurrir a la violencia esto nunca será una contradicción moral. Tal vez, lo que sí que expresa el uso de la violencia son los límites de la propia fuerza colectiva y organizativa, que nos obliga a usar métodos que serían innecesarios si fuésemos muchísimas más. La cuestión es definir claramente cuáles son los propios límites, las ideas que compartimos y que dan los principios éticos a la hora de actuar.

Como las pacifistas, consideramos que el cambio más profundo necesita darse ante todo en nuestras mentes, educadas y condicionadas como estamos por haber crecido en este mundo que, día a día, se fortalece y nos impide pensar en otras formas de organizar la vida. La propaganda, la información, no son, sin embargo, la manera para modificar la conciencia que tenemos del mundo. Si bien es cierto que la difusión de nuestras ideas es, como siempre lo ha sido, de lo más necesaria, la práctica de la revuelta, las formas de lucha organizadas, son las que tienen un efecto

más profundo en hacer entender los mecanismos que operan en la realidad. Se puede padecer este mundo leyendo la propia miseria día a día en una octavilla, pero cuando se toma conciencia de la propia fuerza, cuando se participa en tomas de decisión colectivas, de la autoafirmación como grupo, de la certeza de una identidad que pelea por sus propias necesidades, se abre ante nuestros ojos la propia potencialidad: lo que somos, lo que queremos y lo que podemos llegar a ser. Este hecho se dará siempre como oposición, como pelea, como guerra contra lo que nos impide ser. Cuando se abre la brecha de la confrontación, cuando se hace con la tenacidad de la que quiere vencer, de la que cree en los propios proyectos, la cuerda se tensa hasta que el choque violento es inevitable. Pensar que queremos afrontar esta realidad desde el rechazo absoluto al empleo de nuestra fuerza nos parece poco realista.

En este sentido, el código y comportamiento inflexible del pacifismo sólo puede entenderse como una forma religiosa de vivir la política, poco ligada a los asuntos terrenales y más dis-

puesta a pernoctar en el fantástico mundo de las ideas. Sin entrar en demagogias baratas, la historia nos ha mostrado como el pacifismo nada puede hacer cuando se enfrenta a un orden totalmente violento, como el nacionalsocialismo o el estalinismo. También ciertas luchas como el antifascismo nos demuestran que si no somos capaces de defendernos físicamente tendremos que recurrir a la policía a riesgo de males mayores.

En una sociedad como la nuestra, el uso exclusivo de la denuncia pública se muestra impotente. No es verdad que haya que aguardar siempre en espera de ser suficientes, es que para llegar a ser suficientes hay que ponerse a luchar sin esperar. No es cierto que haya que limitarse a la denuncia y el activismo que rechaza el enfrentamiento sino que con el enfrentamiento afirmamos nuestra identidad y comunicamos quiénes somos y cómo actuamos frente a lo que luchamos.

Pacifismo táctico

El pacifismo táctico se fundamenta en el análisis de las condiciones objetivas y subjetivas de la realidad. Según su punto de vista, la mayoría de la gente no es contraria al sistema, sino que cree que vive en una sociedad donde las libertades son ampliamente respetadas y existe una justicia que no funciona tan mal. Esto sitúa a la gente que lucha contra el sistema en una minoría que tiene que lidiar no sólo con el Estado sino también con la pasividad u obediencia de sus semejantes. Este hecho hace que la lucha tenga que ir contra el sistema y al mismo tiempo causar empatía a la demás gente para que comprendan y se unan a la lucha. En este sentido, el pacifismo táctico cree que la gente se identifica más con las luchas no

violentas ya que la oposición violenta es incomprensible para ellas dada su manera de entender la realidad. La violencia sería la coartada del sistema para restar credibilidad a las antagónicas, legitimar la violencia estatal y afianzar el orden.

Según estas consideraciones la resistencia pasiva y la desobediencia pacífica tienen más capacidad de hacerse entender y, a su vez, de visibilizar la realidad política y social. Siguiendo esta lógica, la violencia del sistema contra gente pacífica debería generar en las ciudadanas⁴ la contradicción entre el pensamiento que tienen sobre la sociedad democrática y su realidad práctica.

Además de estas consideraciones, se sabe que la capacidad del Estado de usar la violencia es tan superior a la nuestra que la lucha violenta contra él no tiene ninguna esperanza. Y esto, por no citar los distintos episodios revolucionarios que han dejado claro que tanto a la extrema derecha como al Estado los actos de violencia les pueden convenir⁵.

Ante estas afirmaciones, nosotras pensamos que las contradicciones que expresa la democracia difícilmente serán motivo de reacción de la gente sólo porque vean o padezcan una injusticia. Si existe una respuesta organizada será necesario que tomen conciencia de la situación que generan estas injusticias, es decir, cuando se vea no sólo el problema sino también su origen histórico y la capacidad propia de cambiarlo. La calle o la misma televisión —a pesar de los disfraces— nos acaba mostrando situaciones terribles de injusticia. Pero nuestra experiencia nos demuestra que la cotidianidad nos pesa de tal manera que acostumbra a impedirnos la oposición a *eso que tanto nos indigna*. La reacción contra la guerra de Iraq es un ejemplo claro de como un día

4. Hablamos de ciudadanas refiriéndonos a aquella gente que se adhiere a la sociedad democrática de forma teórica y la defiende. Sin considerar todas las demás que comulgamos más o menos con ella por la inercia de la cotidianidad.

5. Ciertos casos como los del incendio del Reichstag en la Alemania anterior al nacionalsocialismo, el enfrentamiento armado de Italia de los años setenta o el caso Scala en Barcelona nos pueden ser útiles para ejemplificar como una violencia antagónica puede haber sido promovida o aprovechada por el Estado en razón de una conveniencia estratégica. Normalmente para preparar una escalada represiva o acelerar el nivel de enfrentamiento para el que el antagonismo político no se encuentra preparado.

pueden salir un millón de personas a la calle y, al día siguiente, volver al trabajo, y que la economía —gasolineras, puertos comerciales, empresas y sus productos, etcétera—, siendo la causa principal de la guerra, no quede afectada en lo más mínimo. Además, ponemos en duda la empatía de la «población» con la actividad política no-violenta, con esa solidaridad con las que sufren la violencia democrática sin que su actividad *dé razones* para ello. Es cierto que ciertas formas de violencia provocan un rechazo claro en muchas personas, lo que no lo es tanto es que éstas rechacen cualquier uso de la fuerza. Constatar que la sociedad condena la acción violenta y no la desobediencia pacífica creemos que es debido más bien a asumir el discurso de los medios de comunicación que de una opinión contrastada a pie de calle. Las estadísticas y los titulares periodísticos existen para afianzar la opinión expresada desde el Poder. Y ya que muchas veces se habla de la incapacidad comunicativa que generan nuestras acciones lanzamos la siguiente pregunta: a las currelas ¿qué les incomodan más? ¿levantarse una mañana y encontrarse con los cajeros y las inmobiliarias de su calle con los cristales rotos? o ¿el corte de calle que demora su llegada al trabajo? A veces las acciones deben ceñirse al *qué pensarán* pero en otros muchos casos podemos tener objetivos diferentes.

En cuanto al hecho de facilitar que se genere una opinión contra nosotras, debemos asumir que el Poder siempre intentará extender cualquier imagen que nos perjudique, ya sea tachándonos de terroristas fanáticas, de utópicas románticas, de simpáticas descontentas preocupadas por las niñas chinas o de ecologistas que quieren salvar a los pingüinos. Nada

de esto nos favorece en ningún sentido. Nada de esto provoca un acercamiento de las vecinas en las condiciones que nos interesa. Y eso no significa que nos dé igual lo que digan y que no tengamos que usar los mecanismos adecuados para decir nosotras qué queremos.

Como las pacifistas, pensamos que las que confunden la guerra social con el enfrentamiento militar se equivocan totalmente. Por supuesto que esto no se trata de un simulacro militar, de dos ejércitos enfrentados, y nunca se tratará de eso, y en tal caso obviamente la guerra estaría más que perdida. Si fuera así, gran parte de la sociedad se quedaría a un lado mirando la contienda como meras espectadoras. Pero ante esa crítica, asumimos que la violencia no es tan sólo el disturbio o el sabotaje, es aquello que comunica. «Cuando uno de sus mayores logros y triunfos es expresar precisamente esa falta de enfrentamiento, ese consentimiento implícito en el actuar cotidiano, evidenciar el conflicto, expresar el descontento niega una de las premisas de la democracia, que es ese consentimiento»⁶. La democracia permite la expresión de las distintas maneras de pensar, permite su existencia a condición de que no altere la normalidad, por lo tanto, un movimiento que no se expresa como enemigo será siempre tolerado. La posibilidad del actuar violento nos da una identidad que sobrepasa los límites con los que nos tolera la democracia. El daño infligido a la propiedad, a la mercancía no es tan sólo un opción táctica del enfrentamiento, sino que nos declara enemigas y no meras opositoras políticas.

6. Por la extensión de los disturbios: Manifiesto en favor de la acción directa violenta. Documento elaborado por activistas sociales de Madrid, Euskadi y Argentina. Podéis leerlo en: <http://lahaine.org/global/manifiesto.htm>

Así, aunque otras veces, como audaces estrategias, somos capaces de ver las tramas detrás de distintos episodios de violencia parece que no somos igualmente capaces de visualizar la capacidad estratégica que tiene para el Poder sus ansias de negociación y diálogo. La democracia vive del consenso, promueve el entendimiento –de hecho esa es su premisa fundamental– y la paz social es su estrategia. Uno de los factores clave del actual sistema democrático es el consenso y éste se articula con la negación del conflicto, con el «aquí no pasa nada y si pasa que no altere la normalidad». El sistema ofrece centenares de maneras para que el malestar social se canalice en diversas propuestas y voluntades, la condición es siempre la misma: que nada cambie. Es decir, el Estado puede llegar a utilizar tanto la violencia y la guerra como el diálogo y la paz para afianzar el orden.

Es la profundización y extensión de la lucha lo que conlleva represión. Esto es algo que cualquier movimiento que se tome en serio debería asumir. Cualquiera que altere e intente destruir las relaciones sociales existentes poniendo en peligro el actual sistema político, social y económico sufrirá represión. Una vez asumido esto, para no facilitarle su tarea ofensiva, represiva o de afianzamiento del orden, es extremadamente necesario observar cuál es la estrategia del Poder, cuáles son sus pasos. Si su propaganda nos está pidiendo a gritos que hagamos un disturbio para afianzar una campaña contra algún colectivo, no hace falta servirles en bandeja su titular. Pero tampoco podemos achicarnos pensando que nada escapa a su control y ante eso un sabotaje nos devuelve el coraje que nos quitan día a día. Con la violencia sabemos que las consecuencias pueden llegar a ser dramáticas pero entendemos que es una necesidad para romper el inmovilismo de la paz social en el que nos encierra el Estado. La represión es inherente al conflicto y achacar una violencia estatal a una violencia antagónica es una visión demasiado superficial para entender la dinámica represiva. Lo importante es que cada una de nosotras hagamos lo que seamos capaces de asumir, esa es nuestra responsabilidad para evitar que se quiebre nuestra entereza y fuerza colectiva en murmullos, rumores y dinámicas autodestructivas.

Mitificación de la violencia

Como supuesto contrario al pacifismo tenemos el planteamiento que defiende la acción violenta como la más radical de las prácticas. Este enfoque se asienta en una serie de confusiones de base. Aunque pensemos que el uso de la violencia es necesario para lograr un proceso revolucionario, por sí mismo es insuficiente si no viene complementado con otras tácticas.

A la hora de actuar escogemos entre diferentes medios para conseguir nuestros objetivos. Que no queramos separar los medios de los fines no significa que no debemos diferenciarlos sino que no queremos usar medios que se contradigan con los valores y prácticas que queremos conseguir con nuestros fines. Siguiendo esta lógica, el no formar partidos políticos o sindicatos, por ejemplo, no viene por la creencia de que sean unos vendidos o de que no puedan hacer nada en un contexto como el actual sino porque reproducen en su funcionamiento el tipo de sociedad que queremos combatir, a saber, la separación entre gente activa/pasiva, dirigentes/dirigidas, etcétera.

Cuando confundimos las tácticas con los objetivos, los medios con los fines, se acaban dando situaciones en las que el simple uso de la violencia o la propia práctica de la ilegalidad son un bien en sí mismo independientemente del motivo, del contexto, de quién la ejerza y contra qué o quién. De esta manera, se acaban valorando de igual manera unos disturbios en una manifestación, una bomba de ETA, la quema de coches en un suburbio francés o las algaradas futboleras. Y es que, aunque parte de razón tenga este tipo de posicionamientos, su flojera intelectual las convierte en un cajón de sastre que puede acabar justificando cualquier burrada.

Entendemos que en los medios que utilizamos estamos dando una información sobre lo que queremos o no queremos, es decir, sobre los objetivos a los que aspiramos. Así, por ejemplo, la carga simbólica de un disturbio callejero puede sobrepasar a lo que podemos llegar a transmitir en un sabotaje nocturno. Igualmente, la mera irrupción violenta, sea de la forma que sea, demuestra que la supuesta paz social no existe. Da igual la forma, da igual el porqué: una explosión en un vagón de metro, apedrear a la

7. La transformación en vanguardia de aquéllas que practican la lucha armada da para un texto aparte, por su extensión y complejidad nos abstenemos de extendernos aquí. La huida hacia delante argumentativa que expone que se lucha por una misma y no en nombre de otras no elimina el hecho que las acciones de cada cual siempre tienen consecuencias colectivas. Que no se respete o no se tenga en consideración a esa otra gente que pueda afectar no implica que se haya superado el lastre vanguardista.

8. *La acción sometida a la crítica. Algunas consideraciones viejas y nuevas sobre anarquistas, revolucionarios y otros.* Podéis leerlo en: <http://www.editorialklinamen.org/libro-accion.htm>

policía, peleas al salir de la discoteca, quemas de cajeros, suicidios; hay algo que no funciona en la sociedad cuando no todo es tan bonito como se pinta. Aunque esto sea cierto, por sí sólo no nos vale. Ya que, a su vez, puede ser contraproducente con otros objetivos que también estemos buscando en ese momento.

Aquí es donde vemos uno de los mayores problemas que tenemos en nuestras prácticas. Cada actividad que hacemos, cada acción que realizamos puede pretender alcanzar diferentes objetivos, e incluso pueden ser parcialmente contradictorios entre ellos. A su vez, pueden partir de necesidades a corto plazo o alargarse en el tiempo. El tener esto en cuenta y poder establecer un equilibrio entre medios y fines es lo que determina, en gran parte, nuestro avance como potencial movimiento.

Así pues, vemos que aunque la utilización de medios violentos muestren una ruptura con el consenso existente, según qué otros objetivos tengamos, este actuar puede ser contradictorio o incluso contraproducente.

Con esta confusión fundamental, nos encontramos también aquella que plantea que cuanto más destructiva, en términos materiales, sea una acción, más radical será. Pero volvemos a equivocarnos si creemos que por querer destruir esta sociedad basta con destruir su parte física. La revolución debe entenderse de manera social no militar, ya que contra lo que combatimos es contra una forma concreta de relaciones sociales y no sólo contra las infraestructuras y personas que las hacen evidentes. Al confundir la parte con el todo hacemos imposible la superación de esta situación, a la vez que corremos el riesgo de caer en una concepción militarista que nos alejaría de nuestros fines hipotecando nuestros medios.

Si nuestro actuar se basa en supuestos más individualistas, actuando así degeneraríamos en creer que la guerra social es un ajuste de cuentas entre las diferentes individuos y el Estado-Capital, con la consecuente derrota. Si nuestro actuar fuera más colectivo derivaríamos hacia la lucha armada, entendida ésta como la profesionalización en el uso de la violencia por parte de unas pocas en separación del resto, o peor aún, como su representación.⁷

Estos dos prejuicios ideológicos marcan los límites de una práctica que podría ser mucha más rica. Es decir, si supuestamente podemos utilizar un gran abanico de tácticas ¿por qué limitarnos sólo a aquéllas que impliquen violencia? ¿no es despreciar parte de nuestro arsenal?

Una práctica automutilada como ésta sólo se puede mantener mediante quimeras ideológicas. La falta de conflictividad real en las calles es sustituida por todo una sucesión de actos de sabotaje. No es que éstos en sí mismos no sean necesarios pero muestran más nuestra impotencia que nuestra potencia. Un ejemplo claro de esto son aquellas cronologías de acciones que hace unos años abundaban en los diferentes fanzines y páginas web. Esta difusión de acciones generaban una falsa idea de fuerza, midiendo el éxito de nuestras luchas en la cantidad de las acciones que se sucedían. Pero no es la cantidad de las acciones lo que determina su radicalidad, será su calidad, es decir, su capacidad de incidir en la base de las relaciones sociales actuales impidiendo su reproducción.

Este pensamiento cuantitativo es muchas veces complementado con el imaginario espectacular de lo destructivo sobre lo eficaz. O lo que es lo mismo, se llega al absurdo en



el que en una acción «la técnica no acompaña a la inteligencia sino que la sustituye, y así uno no se para a pensar un momento si el medio se adapta al objetivo que se busca»⁸. Es decir, queremos romper, quemar o explotar algo y aunque no sabemos el qué, sabemos que esto será más radical que cualquier otra cosa. Dentro de esta lógica se obvia que si se pretende hacer el mayor daño posible no es la potencialidad destructiva de un medio lo que nos interesa sino qué uso inteligente hacemos de ésta. Dicho de otra manera, ¿los mismos daños que suelen producir los artefactos explosivos se podrían hacer a martillazos? ¿qué produce más pérdidas, la carcasa quemada de un cajero o la maquinaria interna del mismo bañada en Coca-Cola?

Lo espectacular de este tipo de acciones choca de lleno con la esencia de la acción directa. Ésta se suele entender como el resolver por una misma los problemas que se le plantean sin delegar en otras personas. Pero también implica que el tipo de acción que hacemos sirva para solucionar *directamente* un problema. Es decir, si queremos evitar que un grupo de fascistas se manifieste, ocupar físicamente el espacio del mismo

recorrido sería una acción directa. Recurrir a que Delegación de Gobierno no legalice la manifestación, evidentemente no. Éste es un ejemplo sencillo, pero muchas veces esto no suele estar tan claro. Cuando se acaba creyendo que «cuanto más violento más radical» también se cree que más obvia será su etiqueta de acción directa. Pero como hemos dicho, si queremos cumplir con las condiciones que se necesitan para que una acción sea definida como tal necesitamos pararnos a pensar. Es decir, si una acción la hacemos nosotras sin intermediarias y tiene una relación directa con el problema, entonces es una acción directa. Pero si algunas de estas condiciones no se cumple, normalmente la segunda, estaremos hablando de acción indirecta. No nos vamos a detener en aquellas acciones indirectas producidas por la mediación de terceras, pues es más fácil que se vea la crítica a éstas, sobretodo si nos estamos refiriendo a la gente que apostamos por la autoorganización. Lo que nos interesa, sobretodo, es hablar de aquellas acciones indirectas que suelen ser confundidas por directas debido a la violencia que se haya podido utilizar.

Una acción no puede ser evaluada en abstracto. Como hemos comentado antes toda práctica lleva implícitamente una información sobre sus posibles causas y sus posibles objetivos, pero debido a la complejidad de la sociedad, y sobretodo si queremos superarla, este tipo de análisis simples no nos sirven. Creemos que hay que ver cada acción en su contexto y una vez ahí ponernos a hablar. En esta línea, y siguiendo con la argumentación previa, valorar si una rotura de cristales, el atacar a la policía, o la amenaza a un juez son acciones directas o indirectas no tiene ningún tipo de sentido. A modo de ejemplo vamos a desarrollarlo para poder explicarnos mejor. La acción concreta de romper unos cristales, según el contexto en el que se inscriba, puede ser calificada de directa o de indirecta. En el primer caso, podemos recordar la campaña de apoyo a Sergio L.D. En ésta se pretendía que mediante la presión a las diferentes partes de la acusación particular éstas

retirasen la denuncia. Con varias de ellas resultó. En este caso vemos que atacar a estas empresas tenía una relación directa con el objetivo a conseguir.⁹ En el caso contrario, si pretendemos parar un proyecto urbanístico a base de romperle los cristales a la sede del Distrito que quiere llevarlo a cabo, evidentemente la relación directa no se da y nos encontraríamos con una acción indirecta. Si nos hemos extendido en poder clarificar qué es y qué no una acción directa es por ciertas valoraciones que se dan a la hora de hablar de las acciones. Por un lado porque, como hemos visto, éstas pueden ser acciones indirectas aunque no se definan como tal. Por el otro, porque estas acciones indirectas en realidad son acciones simbólicas. Este término puede resultar un poco molesto pues se tiende a asociar que las acciones simbólicas son reformistas. ¿No será que las diferentes ideologías hace que confundamos la realidad a base de ciertos prejuicios? Las acciones simbólicas no hay que

9. Para más información sobre el caso: <http://www.klinamen.org/controlatorturapolicial>



rechazarlas en abstracto, sino que también deben valorarse en su contexto. Una acción simbólica actúa, como su nombre indica, contra un símbolo, es decir, batalla en el mundo de las ideas. Cuando en una manifestación se atacan diferentes lugares, no suele ser tanto el daño a realizar como el hecho de señalar estos lugares, y no a otros, como símbolos del enemigo. Vemos pues, que este tipo de acciones son una forma más de hacer difusión de nuestras ideas. En sí mismas no son acciones a descartar, el problema es que ciertos análisis como el de la mitificación de la violencia acaban dividiendo y jerarquizando nuestras prácticas en función de si se creen que son simbólicas o no.

Finalmente, vemos que toda esta serie de confusiones se articulan de la siguiente manera: una acción violenta es más radical que una que no; aquéllas que sean más destructivas serán más radicales que las que no, con la excepción técnica del explosivo que se priorizará sobre el resto. Lo violento de una acción prima sobre los objetivos a cumplir pues en sí mismo este actuar ya es radical.

En la práctica, este tipo de planteamientos acaban siendo la otra cara de la moneda del pacifismo. La mitificación de la violencia complementa la oposición absoluta por parte de los pacifistas convirtiendo toda posibilidad de acción en una limitada variedad de tácticas que tienen más que ver con los prejuicios propios de estas ideologías que con la voluntad real de conseguir algo. Por tanto, no podemos dejar de insistir en un uso crítico de las distintas tácticas a nuestro alcance, y entre ellas, por supuesto, la violencia.

Violentismo táctico

La mitificación de la violencia de la forma antes descrita no deja de ser una postura extrema que suele darse en pocas ocasiones. En realidad, es la postura que defiende un *violentismo* táctico la que más abunda en nuestros ambientes. Dentro de aquéllas que ven el uso de la violencia como herramienta legítima y necesaria nos encontramos con las mismas consecuencias que en el pacifismo táctico, a saber, defender la pluralidad de tácticas en la teoría para después justificar el propio estancamiento en la práctica. Son demasiadas veces las que nos encontramos con el

mismo cuadro: podemos decir cien veces en voz alta que no hay tácticas superiores a otras, pero luego recurrir en el momento de la acción sólo a aquéllas que conlleven cierta dosis de violencia.

Si hemos querido reflejar esta postura, aunque sea en pocas líneas, es porque no queremos que la gente lea este texto y no reflexione sobre la manera que esta crítica también está dirigida contra nosotras. La mayoría de la gente de nuestro entorno político más cercano adolecemos de falta de originalidad en nuestras acciones. Reproducimos en la práctica una pobre realidad en la que nos vemos, la mayoría de las veces, como profesionales del uso de la violencia. Por un lado, porque dentro de procesos más amplios somos las que vamos a realizar el trabajo sucio. Por el otro, porque no se nos ocurren maneras diferentes de enfrentar la realidad que las ya acostumbradas y violentas antes mencionadas.

Desde el prisma de la estrategia

Como hemos visto, intentar analizar el uso de la violencia como un concepto aislado no tiene ningún sentido. Hablar de cualquier aspecto de nuestra existencia pasa inevitablemente por hablar de aquello con lo que se relaciona. Así nos vemos con la necesidad de plantear la obvia relación entre tácticas y objetivos, la posible contradicción entre éstos o incluso entre los diferentes objetivos que tengamos. Pero hemos visto que también implica hablar de las diferentes maneras de situarnos en nuestro entorno, es decir, cuando decimos «nosotras» ¿a quién nos estamos refiriendo? ¿Qué relación establecemos entre la gente politizada y la no politizada? ¿Qué queremos conseguir con nuestra lucha? ¿Quién realizará la revolución? ¿Hay un «quién»? Pueden parecer preguntas fuera de lugar, pero en función de la manera en las que las respondamos podemos entender bastantes cosas sobre las diferentes maneras de encarar la violencia.

Supongamos que simplemente queremos mejorar la sociedad en la que vivimos y entendemos que, con todas sus pegadas, la democracia es el sistema político a defender. Si es así, evidentemente, no cabe utilizar la violencia para nuestro cometido. Es más, como ciudadanas comprometidas necesitamos convencer a nuestras gobernantes para que cambien su mal

proceder, sea vía nuestros buenos argumentos sea vía presión pública. Esta presión vendrá también por esa misma concienciación que habremos realizado sobre la opinión pública que, al descubrir las injusticias que hasta entonces desconocían, se posicionarán en nuestra justa causa. Si así es como entendemos el mundo, el pacifismo como ideología y las vías de integración democrática serán nuestro camino. No hace falta decir que nos sentimos muy lejanas de estos planteamientos. No es una cuestión de utilizar tácticas diferentes, sino que la propia manera de analizar la realidad ya hace que estemos luchando por objetivos opuestos. La mejora de nuestra realidad, el pintar de rosa las paredes de nuestra cárcel, es otra forma de perpetuar la agonía que padecemos.

En cambio, si se señala el capitalismo como el eje que marca nuestras relaciones sociales, el patriarcado como la dominación que las atraviesa y el Estado como la estructura que las mantiene, si es de esto de lo que estamos hablando, entonces estamos diciendo lo mismo. Tal vez utilizemos diferentes tácticas según cómo entendamos la manera de enfrentarlo. En este amplio grupo en el que nos incluimos, también creemos que está la mayoría de gente que suele asumir el pacifismo táctico y aquéllas que apuestan por la violencia como la más radical de las acciones. Según la manera que tengamos de pulir los diferentes planteamientos antes criticados, veremos de qué manera podemos unir esfuerzos en una causa común.

Para que esto sea posible, necesitamos pararnos a pensar y dejar de actuar desde la inercia y los presupuestos de las diferentes ideologías. Ver hasta qué punto nuestras prácticas y los discursos que las mantienen son argumentaciones sólidas o justificaciones de frustración e impotencias más profundas.

Debemos analizar aquellas posturas que siempre eluden el actuar violento, que se refugian en un análisis de la coyuntura desfavorable, en el «ahora no es el momento». Son posturas cómodas que no rechazan en sí la violencia, pero la niegan en todos los momentos posibles. La podemos encontrar en todos los ámbitos, en cualquier lugar, desde asambleas o manifestaciones y siempre seguirá, mas o menos, el mismo guión. Es un pacifismo disfrazado, muchas veces

inconsciente, construido sobre los miedos y las aprehensiones subjetivas. Porque hablar de violencia es hablar también de emociones, de miedo y de dudas. En el fondo, no es más que un bloqueo que de lo personal salta a lo colectivo.

El trabajo colectivo permite superar esas situaciones, pero siempre partiendo de premisas aceptadas por todas. Hemos de asumir que, en abstracto, tenemos una infinidad de acciones válidas, que ninguna de ellas tiene más fuerza o legitimidad sobre las otras, que desde la racionalidad debemos y podemos adaptar los medios a nuestros objetivos. Dar a la violencia el sitio adecuado,



ni más ni menos que a otras prácticas, nos permite sorprender y golpear como no se lo esperan.

En cada momento, en cada lugar, según los objetivos que tengamos, elegiremos los medios adecuados para conseguirlos. Y seguramente será con la combinación de varios, ya que «la Revuelta necesita de todo: diarios y libros, armas y explosivos, reflexiones y blasfemias, venenos, puñales e incendios. El único problema interesante es cómo mezclarlos»¹⁰.

Pero a pesar de este alegato al uso inteligente y eficaz de las herramientas que tenemos a nuestro alcance, queremos romper una lanza por del uso de la violencia. Y es que, en esta ciudad que habitamos, cada vez la realidad social está más pacificada. En este proceso de neutralización de la contestación también entramos nosotras, el entorno antiautoritario y anticapitalista. A medida que pasa el tiempo somos conscientes que el límite que marca el carácter de nuestras prácticas es cada vez más estrecho. No es un proceso colectivamente meditado sino, a nuestro parecer, inconscientemente asumido.

Por un lado, tenemos prejuicios al pensar que los métodos violentos siempre serán más radicales que otros. Peor aún, que sólo sabremos utilizar éstos porque son a los que nos hemos acostumbrado y *profesionalizado*. A un nivel más colectivo cuesta, cada vez más, asumir situaciones y momentos de tensión, haciendo que escojamos evitarlas. Esta huida hacia lo seguro se manifiesta, por ejemplo, en manifestaciones rodeadas, dirigidas o desconvocadas por los mossos en lugar de aquella digna práctica de hace una década en la que cada manifestación que la policía quería controlar era respondida con un sano disturbio.

Uno de los mayores retos de este debate que queremos empezar aquí pone de relieve nuestras propias dinámicas: ¿Somos capaces de abandonar nuestros roles de guerreras? ¿A la mañana estar haciendo teatro en la calle, al mediodía estar ocupando el ayuntamiento con abuelas y a la noche librarnos al saqueo y la destrucción? ¿Somos capaces de no dejarnos encerrar en posturas ideológicas que dictan nuestras estrategias y condicionan nuestras tácticas?

Puede parecer demasiado obvio todo lo hablado, y de hecho a la hora de tejer este texto nos preocupa que nadie se sienta realmente identificada con las críticas. Como dijimos al principio, hemos hecho un esbozo de ciertas posturas que no tienen que asemejarse en su totalidad con la realidad. De hecho, no nos interesa tanto la gente que sí se identifica con las identidades prácticas criticadas sino con todas aquéllas que en la práctica estamos encuadradas en estas posturas aunque no seamos conscientes de ello. Es decir, aquéllas que sin oponernos públicamente a la violencia evitamos su realización en todo momento y lugar; aquéllas que viendo la necesidad de utilizar varias tácticas no sabemos salir del típico sabotaje violento; aquéllas que nos alegramos de las algaradas callejeras siempre que sean en las calles de otra ciudad; aquéllas que dejamos de utilizar la violencia porque creemos que sino no tendremos apoyo popular; aquéllas que aún viéndolo necesario nos sentimos ridículas repartiendo octavillas.

¿Seremos capaces de perderle el miedo a la violencia sin acabar alabándola? ¿Seremos capaces de reflexionar sobre la violencia sin llegar a justificar la impotencia de la pasividad? ¿Seremos capaces de dejar de preguntarnos *violencia sí/violencia no* para empezar a preguntarnos *violencia cuándo y cómo*?

10. Anónimo, *Ai Ferri Corti. Romper con la realidad, sus defensores y sus falsos críticos*. Muturreko Burutazioak, Bilbao, 2001.



29s el pacifismo en huelga

En muchos momentos ellos llevaban la iniciativa y nosotros íbamos a reacción. Oímos algunas comunicaciones muy angustiosas de compañeros que pedían que se les sacara de allí.

Declaraciones de algunos mossos sobre los disturbios del 29s.
La Vanguardia 6 de octubre del 2010

El texto anterior fue escrito antes de la jornada de huelga general del 29 de septiembre. Vistos los acontecimientos de ese día, nos vemos con la necesidad de añadir este anexo valorando ciertos aspectos alrededor de la violencia utilizada y que complementarían lo ya comentado. Aun así, este texto no pretende entrar en un análisis extenso de aquel día, sino más bien ser la lectura de un evento que todavía está caliente.

Ese día nos sorprendió a todas, pero sobre todo a las organizadoras de los diferentes actos previstos. La participación heterogénea de los piquetes en los barrios, los cortes de carretera de la mañana, el piquete unitario, el desalojo del banco ocupado y las diversas respuestas se mantendrán vivas en nuestra memoria. A final del día, fue emotivo ver desde lo alto de Barcelona como las distintas hogueras se iban uniendo en una gran nube de humo; lirismo que también podemos encontrar plasmado en el texto *La sonrisa de los antisistema*¹. Más allá de las emociones que nos dejó aquel día, vemos importante remarcar algunos puntos interesantes de la jornada y ver qué podemos sacar de ellos. Si bien lo sucedido sobrepasó las expectativas tanto individuales de quienes participamos como

de aquellas organizaciones, asambleas y grupos que estuvieron preparándola, tenemos que reconocer que gran parte de lo ocurrido se debe a los días anteriores: la creación de la Asamblea de Trabajadoras de Barcelona el 29 de junio, la agitación de los comités de barrio, la predisposición para trabajar juntas de gente y sectores que hasta entonces eran prácticamente estancos, etcétera.

El hecho más vistoso fue la ocupación del *Banco de Crédito Español* el día 25. Una alcaida acción que al momento da sus frutos, convirtiéndose en un centro de convergencia de todas aquéllas con ganas de volver a luchar juntas. Resultado de la mezcla de una buena organización, de un secreto bien guardado por mucha gente e incluso de la difusión gratuita que algunos medios de desinformación nos ofrecieron al publicar, no sólo la noticia sino, en algunos casos, el propio programa de actividades del día. A cuatro días de la huelga, el banco caldeó el ambiente convirtiéndose en el símbolo de todas aquéllas que las reivindicaciones sindicales nos dejaban indiferentes, pues no nos sentíamos identificadas. Fue de esta manera que este espacio pudo ser asimilado por mucha gente como un punto de encuentro y el desalojo del mismo, no como un final, sino como la continuación de su misma esencia². Es importante que no olvidemos que sin el trabajo de base previo, la situación de lucha violenta en las calles no habría sido posi-

ble; que sólo la rabia acumulada no produce estos resultados. Es la suma de todo lo anterior, así como la actuación de los mossos³, lo que convirtió un mero paro sindical en algo más parecido a una huelga salvaje.

Ese día se rompió la paz social de una manera que para muchas de nosotras era difícil de prever. Las más sorprendidas ante toda la violencia expresada el 29 fuimos precisamente quienes vemos legítima su práctica. Es más, aquéllas que en el análisis previo entraríamos dentro de las categorías del *violentismo* táctico y de la mitificación de la violencia seríamos las que, curiosamente, más nos sorprendimos de lo sucedido. Durante esas horas predominó una unidad de acción, de enfrentamiento, de ofensiva generalizada contra símbolos del Capital y contra la policía. El 29s marcó para muchas de nosotras la posibilidad de desbordar a los mossos, de ganarlos en las calles aunque fuera por unas pocas horas. Hablamos de unidad de acción porque ese día vimos a muchas volcar contenedores, tirar piedras, enfrentarse. Hubo una diversidad de gente capaz de compartir unas prácticas, hubo jóvenes y no tan jóvenes disfrutando de sus primeros disturbios, hubo gente cercana que se empoderó y la lió a gusto. Se respiraba un aire de legitimidad y compañerismo. Está claro que muchos factores pueden explicar nuestra victoria y el balance represivo relativamente reducido. Pero lo más importante es ver que una vez que se crea la situación, ya no somos sólo *las 200 de siempre*, sino muchísimas más. Esto no quiere decir que las pacifistas no estuvieran allí. Volverán a salir, volverán a hablar de infiltradas, como es el caso de un tal Josep

Bel⁴. Muchas lo hemos vivido, estuvimos allí, lo vimos con nuestros ojos como para que no nos inquiete este tipo de discursos. A largo plazo volveremos a encontrarnos en la situación en la que las que practiquen la violencia serán rechazadas, donde toda aquélla que vuelque un contenedor será tachada de policía o de provocadora. Y es entonces que nos acordaremos del día de la huelga y tendremos que preguntar en voz alta: ¿no será que tenemos motivos suficientes para romperlo todo? ¿no será que las encapuchadas no son policías, sino compañeras?

Algunas seguirán prefiriendo –esperemos que cada vez sean menos– la foto en la portada en donde se vea a la «joven antisistema» aporreada por la policía, algunas seguirán pensando que es mediante sus métodos, su prensa o sus noticias que es posible acercarnos a mostrar y definir quiénes somos. ¿Cuántas veces más nos sentaremos delante de la policía con las manos en alto para buscar la foto que señale quiénes son las «buenas»? ¿Realmente no nos duelen tantas hostias? ¿Realmente nos están sirviendo de algo tantos moratones?... tal vez sirvan para acumular un poco más de rabia o, desgraciadamente, un poco más de impotencia.

Tan preocupante como la actuación del fantasma del pacifismo es la posibilidad del victimismo cuando la represión acecha. Era evidente que lo sucedido durante la huelga no se iba a dejar pasar sin más. Las periodistas difaman, los mandos policiales piden mano dura; hasta aquí, todo normal. Lo que no nos parece tan lógica es la manera en que algunas –extrañamente sorprendidas– han pretendido hacer frente al ataque mediático. Si se hace esta tarea vía medios de

1. Podéis encontrarlo en: <http://barcelona.indymedia.org/newswire/display/405197/index.php>

2. Fue emotivo ver que cuando se conoció la noticia del desalojo durante el piquete que bajaba por Las Ramblas, en lugar de volver hacia el banco para intentar evitar el desalojo aumentó la rabia con la que el piquete se estaba realizando.

3. Tenemos que reconocer que si los mossos no hubieran desalojado el Banco de Crédito ni cargado a diestro y siniestro desde la mañana, los acontecimientos hubieran tenido una dosis menor de violencia por nuestra parte. Ellos mismos fueron sus mejores enemigos.

4. Miembro del sindicato co.bas y del partido político Corrent Roig. Para leer su infame declaración: www.kaosenlared.net/noticia/tras-29-s-reflexion-desde-izquierda-obrera

5. Texto de Txema Bofill en el que las teorías de conspiración solapan la posibilidad de un buen análisis sobre lo acontecido. Que se utilizara la excusa del coche de la Guardia Urbana quemado para desalojar el banco ocupado no deja de ser una casualidad, podrían haber buscado cualquier otra. Esto nos hace evidente dos cosas: la primera es que quienes quemaron el coche no son las causantes del desalojo, sólo su chivo expiatorio. La segunda es que fuimos muchas las que sonreímos y seguimos sonriendo al ver aquel vehículo ardiendo. El texto de Bofill lo podéis encontrar en: <http://barcelona.indymedia.org/newswire/display/405382/index.php>

6. El manifiesto escrito por 100 profesoras de varias universidades catalanas y que clama contra la criminalización de los movimientos sociales es un buen ejemplo de esto. La esencia del texto es la crítica al poder establecido por su falta de voluntad de diálogo y de tolerancia con aquellos movimientos que tienen *muy buenas propuestas para mejorar este mundo*. Lo escandaloso no es que se haya escrito este manifiesto sino que aquéllas a las que nos hace referencia explícita no hayamos puesto el grito en el cielo ya que, en ningún caso, queremos que el Poder nos escuche, pues no tenemos nada que proponerle; no queremos que nos tolere, pues somos sus enemigas y no sólo sus opositoras. Podéis leerlo en: <http://movimentdel25.org/manifest-de-100-professores-i-professores-de-les-universitats-catalanes/>

comunicación o dejamos que sean otras las que salgan a defendernos, nos arriesgamos a salvarnos el culo a costa de desvirtuar nuestros contenidos y engañar a las demás. A veces se puede producir en boca de alguna compañera⁵, aunque la mayoría de las veces son otras las que suelen hablar por nosotras. Aunque pueda haber buena intención en sus planteamientos –claramente distintos–, en lugar de hacernos un favor lo que hacen es apuntalar aquello que estamos combatiendo⁶.

Finalmente, nos gustaría que quede claro que no queremos caer en una análisis erróneo de aquel día. No fue el principio de ninguna insurrección. Si no buscamos entender lo que realmente fue se quedará como un día de rabia. Lo más importante no fue la violencia, lo más importante, siguiendo la lógica anterior, es que no decaiga el trabajo de base que se estaba haciendo. Si después del 29 volvemos a nuestras guaridas, si retrocedemos a la fase organizativa previa, nos arriesgamos a que todo esto desaparezca.

Este mismo trabajo de base es nuestra única herramienta útil para hacer frente a los intentos deslegitimadores de prensa, policía y políticas. Es decir, volver a la calle, dar la cara igual que lo hicimos previamente a la huelga es la única manera en que podemos decir, de una manera clara y directa, quiénes somos y qué queremos. Porque más allá de los enfrentamientos y los disturbios vimos algo. Algo diferente que hacía tiempo que no se veía en Barcelona. No es sólo la posibilidad de un espacio físico de encuentro entre sectores muy diversos como lo fue el banco, sino que fue real la coordinación de acciones; ver que era posible el trabajar juntas y que podía dar sus frutos. Está claro que queda mucho camino por recorrer, tanto la criminalización constante en los días posteriores como la posible represión que pueda caer no serán tarea agradable. Pero toca volver a juntarse, crear y construir la consciencia que nos unió durante ese momento. Aquel día ya acabó, pero lo que estamos construyendo acaba de empezar.



La lógica del enfrentamiento el error de reproducir aquello que tanto odiamos La lógica de reproducción que tanto

Tenemos el virilismo de esta cultura política autónoma: ser fuerte, callar sus dificultades y sus dudas. La idea de que hay que ganar una gran batalla de una vez por todas. Algo militar, impulsos guerreros, masivos y fanáticos —el resto ya lo veremos después del *final combat*. Lo que yo quiero es cultivar una vida en la cual las luchas jamás estarán ausentes y no una guerra que pospone la vida para después. «Révisitez analyses et critiques» en *Timult* n.º. 2 marzo de 2010¹

La violencia —da igual quien la utilice— tiene consecuencias sobre la «salud» afectiva, no sólo para aquellas que la reciben, sino también para aquellas que la generan, cualesquiera que sean sus objetivos o su ideología.

*Et après avoir tout brûlé?*²

Después de escribir el texto sobre el actuar violento, de darle mil vueltas, nos hemos dado cuenta de que aún faltaban muchas cosas por decir. Todo lo expuesto antes es fácilmente teorizable, pero es a la hora de utilizar la violencia cuando vemos que esta tiene consecuencias inesperadas e indeseables. Y es que aunque este tema necesite de las neuronas, no se puede plantear sin las emociones, está muy ligado a ellas.

Por un lado, el pacifismo que nos encontramos muchas veces es más producto del miedo que fruto de un pensamiento desarrollado. Frente a ciertas situaciones, el colapso personal salta a lo colectivo. En ese salto se pueden buscar las maneras de resolver las dudas, de acompañar el miedo para superarlo entre varias, de cuidar de no dejar nunca atrás a la persona que tenemos al lado con sus dudas y su bloqueo. Ese bloqueo es también la respuesta cómoda de quienes necesitamos saber en algunos momentos dónde empieza y dónde acaba la protesta organizada. El incógnito, la incertidumbre



1. Traducción nuestra.

2. Artículo de reflexión sobre la táctica del bloque negro durante la cumbre contra la OTAN en Estrasburgo en abril del 2009. Podéis encontrarlo en francés e inglés en: http://www.infokiosques.net/lire.php?id_article=733 Traducción nuestra. Versión en catalán en proceso de traducción.

3. «Secrets and lies» en 325 nº.7, octubre 2009, pág. 71. Podéis descargarla en: <http://325.nostate.net/library/7-325-net.pdf> Traducción nuestra.

4. Manifestación realizada en Barcelona después del desalojo del rectorado de la Universidad de Barcelona el mismo día. Ya que desde la mañana las carreras y los porrazos habían sido abundantes era lógico que en la marcha de la tarde estuvieran los ánimos caldeados.

y, sobretodo, las consecuencias nos dan miedo a todas, pero el camino que hemos escogido nos hace darnos cuenta de que la realidad está llena de imprevistos y que son muy pocas las cosas que salen como las teníamos pensadas. El saber improvisar para poder dar una respuesta rápida ha de ser nuestra inteligencia. Conocernos, vernos las caras en la calle y poder crear un clima de seguridad entre nosotras nos puede hacer la tarea más fácil y, a la vez, sentirnos más fuertes. No dejarnos atrapar por la comodidad del riesgo mínimo o del inmovilismo frente a la desestabilización, a la ruptura o al cambio de ritmo repentino. Pues sin rupturas, sin aceleraciones, nuestros movimientos se aburren y mueren. Es más, si nos encerramos en una única manera de luchar nos volvemos previsibles para nuestras enemigas.

Es aquí también cuando se tiene que cuidar la soberbia de la violencia que tanto puede trastornar nuestras relaciones, masculinizar nuestro actuar y aislarnos cada vez más. «[...] Hay una tendencia a las tensiones en las relaciones interpersonales, paranoia, sentimientos de inclusión y exclusión, bajones morales, sensaciones de aislamiento o privilegio, jerarquías inseguridad personal. Puede ser destructivo y paralizante»³. Para prevenir esto necesitamos dejar sitio a la duda, a la reflexión. Dejar un espacio para confrontarnos con nuestras aprehensiones y nuestros miedos. Ser honestas con nosotras mismas y con las demás. Recordar que siempre se corre al ritmo de la más lenta, que no hay prisa si vamos todas juntas, que no somos ninguna vanguardia ni somos ni queremos ser profesionales especializadas en la violencia. Porque si no somos capaces de hacer ese ejercicio, de esa sinceridad, de vaciar la violencia de estos roles que nosotras mismas reproducimos, corremos

el peligro de encerrarnos en valores guerreros, en una mística del enfrentamiento clásico, propia de ejércitos de la Edad Media. No queremos hacer de la violencia un medio que reproduzca todo aquello contra lo cual estamos luchando.

Y es que creer que entre nosotras no nos hacemos daño, que no reproducimos el mismo maltrato que pretendemos combatir, lo único que hace es negar la posibilidad de superarlo. Como producto de esta sociedad que somos, también tenemos nuestros subgrupos marginados, aquéllos que, sin necesidad de una violencia explícita contra ellos, se les mantiene al margen. Por las diferencias de edad, donde jóvenes y mayores son dejadas de lado, o por *no saber* o por *no poder*. Evidentemente, no todas las formas de marginación y clasificación son comunes en todos nuestros espacios. Según la *familia* en la que nos encontremos, el *nosotras* y el *ellas* es cambiante. Las *guays*, las *refors*, las *jipis*, las *insus*, las *vecinistas*, las *malas...* pueden ser nombres graciosos con los que nos reímos con nuestras amigas en la intimidad de nuestras casas, pero la realidad es más dura. Igual que sucede cuando lo hace el Poder, estas clasificaciones nos dividen por el encasillamiento estático de la misma definición. Esto no significa que abogemos por una falsa unidad donde todo cabe, pero sí que deberíamos preguntarnos frecuentemente de dónde vienen nuestros juicios hacia otra gente... no sea que nos estemos volviendo altivas.

En un entorno político donde la violencia, desgraciadamente, es uno de sus temas centrales, los valores en torno a ella marcan diferencia. Porque nosotras también tenemos marcas de estatus y éste es uno de los más característicos. Ya que si hay gente que cree que la violencia es el único camino para la lucha, será en

torno a ésta que se establecerá la línea divisoria: quien la utilice sin cuestionarla es de las nuestras, quien no es una reformista y hay que mirarla por encima del hombro. ¿Cuántas compañeras han participado en una acción que no veían clara para no ser juzgadas? ¿Cuánto desprecio se respira en una asamblea según el *quién es quién* de la violencia? Decidir utilizar la violencia cuando creemos que es necesario es importante pero es más necesario aún evitar que nadie se pueda sentir mal por los aires megalómanos de unas cuantas compañeras.

Por otro lado, nuestras manifestaciones tienen un toque viril del cual es difícil deshacernos y además, aún no hemos superado ciertas barreras del género. Tomando ejemplos locales de Barcelona, simplemente echando un rápido vistazo cuando hay disturbios o enfrentamientos con la policía no tardaríamos en darnos cuenta del género predominante de las personas presentes. Podemos recordar las líneas de estudiantes armadas con palos y cascos intentando bajar La Rambla aquella noche del 18 de marzo⁴. Para que nos entendamos, aquí no se trata de juzgar unos hechos en sí sino de plantear una serie de preguntas y generar un debate que nos haga reflexionar. El problema no reside en la falta de mujeres dentro de nuestros espacios, y menos en la actualidad, que cuantitativamente el número de mujeres es muy alto, el problema está en el rol que asumimos cada una y el por qué lo hacemos. La actitud habitual es refugiarse en verlo como una decisión individual, negando la transcendencia del género y del patriarcado en nuestra cotidianidad. Lo peor es que todo esto sea percibido como algo normal en lugar de ver que el problema reside en la masculinización de

nuestra propia violencia. Quizás no nos hemos dado ni el tiempo ni las ganas de crear un ambiente que supere esta situación.

Esto no quiere decir que haya que abandonar la acción violenta, sino que hace falta someterla también a la crítica de género. Preguntarnos qué es lo que construimos a través de la violencia también nos incumbe a todas. Está en nuestras manos la posibilidad de crear acciones y momentos donde no se respire sólo testosterona. Pero eso primero pasa por reconocer ese carácter que le hemos dado a la violencia, donde no existen las dudas y donde no hay miedos. Romper con la idea de que la debilidad es antagónica a la violencia y al hombre, pues la debilidad y la pacificación han sido socialmente asociadas a la mujer. Nuestras actuaciones pacíficas o violentas deberían ser el resultado de una opción política superando esa masculinización.

Esa correlación se expresaba en una pegatina que se difundió en Barcelona después de la cumbre de Salónica en el 2003 con el lema «¡Héroe en la calle! ¿facha en la cama?». Ésta salía del profundo malestar de compañeras volviendo de la contra-cumbre con un regusto amargo a testosterona, machismo puro... ¿La violencia política es subversiva? Sí, pero no siempre. Nos queda abrir un camino para huir de los estereotipos y crear momentos realmente revolucionarios. El reto es alto pero es a través del debate colectivo, del grupo de afinidad, de los grupos de mujeres, de los grupos de hombres, que lo podremos superar, eso sí, siempre que exista una cierta sinceridad a la hora de reconocer los hechos tal como son.



De fascismos

A principios del año 2009, unas 700 personas se concentraban delante del Ayuntamiento de Barcelona para protestar contra la reforma de la ley del aborto. Frente a ellas, 60 personas, tres cuartas partes mujeres, nos contramanifestábamos por el derecho al propio cuerpo. El equilibrio de fuerzas era bien desigual y la humillación de aquel día fue dura. ¡Los mossos tuvieron que protegernos a las pro-abortistas de la ira de las *anti*! Faltaba gente, parecía que no había suficiente fuerza, y resultaba impensable que los grupos antiabortistas tuvieran más capacidad de convocatoria. Pero no siempre fue así. El día 25 de cada mes se juntaban las antiabortistas delante de la clínica de la calle Viladomat: entre 100 y 200 rancias con megafonía, cura y niñas, cánticos alabando a Dios y la vida, de rodillas rezando para conjurar a las demonios de enfrente: la contramanifestación abortista que comenzó a juntar poco a poco a más personas. La situación que se generaba delante de la clínica era un espectáculo ridículo si no fuera tan real. Pero, aunque se llegó a superar en número a las de enfrente, siempre éramos las mismas.

Siempre las mismas personas. Y no es que las concentraciones fueran apagadas y monótonas: risas incendiarias e incesantes cánticos, proyecciones, ataques con fruta podrida o bombas de agua. Notábamos una gran cohesión entre todas las participantes y veíamos nuestra capacidad de molestar en las caras de nuestras enemigas: asco, rechazo, escándalo. Éramos el Anticristo renacido, Satanás y sus hordas llegando a la Tierra. Eso sí, cada 25 de mes nos quedábamos con ganas de cruzar el cordón de mossos que separaba las dos convocatorias para ir a repartir hostias a esa pandilla de rancias. Nunca llegamos a hacerlo, pero sí saboreamos dulces victorias, al menos una, el día que decidimos concentrarnos antes que las *anti*, que quedaron aterrorizadas al ver su lugar usurpado, o sea, ante la clínica. Ésta fue la última de las concentraciones y este día volvimos a casa más contentas que de costumbre.

Podríamos pensar que una convocatoria que se repetía cada mes provocaría un efecto «bola de nieve». Pero fue al contrario. El salto cuantitativo fue casi imperceptible,



cosa que chocaba con la capacidad de convocatoria que se podía presuponer de la gente –de diferentes tendencias, ámbitos o grupos– que iba a las concentraciones.

A la luz de estos hechos, encontramos necesario reflexionar sobre las posibles causas que provocaron la poca afluencia. Se revelan problemas que no son coyunturales sino algo estructural.

Que hubiera tan pocas personas en la concentración pro-abortista, y que éstas fueran mujeres en su mayoría, es bastante representativo de cómo se entiende el concepto «fascismo» por gran parte del entorno político de Barcelona. Si bien es cierto que el malestar existente en Barcelona con el feminismo y con los temas relacionados puede cobrar varias posturas, como la indiferencia, el desprecio o la oposición, también es cierto que esta situación es resultado de una cultura política que no quiere hacer suya la lucha feminista. Una cultura política impregnada de patriarcado. Detrás del malestar consciente, hay un magma de insensibilidad y de falta de empatía alrededor del conflicto de género, vivido como una problemática secundaria, y que se ve sujeto a otras cosas «más importantes». Un ejemplo es el artículo que publicó *La Directa* defendiendo tesis cercanas a las antiabortistas¹. He aquí el error de priorizar unas luchas por encima de otras, de pensar que primero hay que hacer la revolución y que, como consecuencia, el resto de problemáticas quedarán solucionadas.

Todavía hoy se entiende fascismo sólo como españolismo, los skinheads nazis, el 12 de octubre, etc. Y esta visión clásica del anti-fascismo contribuye a la parcialización de las luchas y a la confusión

que nos impide superarla. ¿O no es fascismo el ataque indiscriminado que los grupos católicos ejercen contra la libertad al propio cuerpo? Si se confina el concepto fascismo a la esfera pública, se cae en el uso político clásico del término y, por lo tanto, en la separación vida política/vida privada. Esta división pierde por el camino muchas prácticas fascistas que no se tienen en cuenta y sólo nos quedamos con los tópicos que antes señalábamos. He aquí que la asistencia a las manifestaciones *antifas* esté integrada en la rutina: saldremos un 12 de octubre porque sí, pero no otros días cuando toca. Tenemos la sensación de que se deja de analizar cuál es la lucha y cuáles los objetivos, puesto que, para poner ejemplos, las 300 nostálgicas de Montjuic, cerradas en su fantasía de la *Una, Grande y Libre* son mucho menos peligrosas que la miríada de familias, grupos que componen el ala dura del PP, seguidoras de la COPE o Inter-Economía o demócratas que extienden sus tentáculos en todas las instituciones. A pesar de que estos últimos no se los puede tildar de fascistas con todo el sentido de la palabra, representan una derecha conservadora racista y tradicionalista que podemos calificar como extrema derecha. Se distancian de los grupúsculos nazis y *fascistoides* por cuestión de ganar crédito y respetabilidad. Prescinden con inteligencia del imaginario del pasado para adaptarse al juego democrático. Sus luchas son contra los matrimonios homosexuales, por la familia, contra el aborto o contra las personas migradas; temas populistas fácilmente asumibles por una población en constante pánico y tensión por la situación de reestructuración creada por el sistema, popularmente llamada «crisis».

1. «Nen o cafetera?» de Jaume Barrull Castellví en *La Directa* nº. 139. Después de la polémica, en lugar de asumir públicamente sus errores, *La Directa* siguió trabajando con el personaje, aunque no ha vuelto a tratar el tema.

2. Fundador y presidente del partido político Plataforma per Catalunya. Desde mayo del 2003 es concejal del Ayuntamiento de Vic, donde recientemente hubo una polémica por querer prohibir el padrón a las migradas sin papeles (el padrón es requisito fundamental a la hora de conseguir una regularización). Ex-militante de la agrupación de extrema derecha Fuerza Nueva y del partido Frente Nacional.

3. «Porque sería vivir una absurda ilusión ideológica creer que las “peleas callejeras” contra los neonazis actuales reviven las refriegas del Milán de 1921, del Berlín de 1933, o de la Barcelona de 1936, cuando el fascismo no sólo era un temible esbirro al servicio del capital, sino un verdadero movimiento de masas que con su propio programa y su dinamismo demoníaco superó la maldad capitalista, conduciendo a la especie humana a un nivel de degradación aún mayor. Quizás por esta razón, al chocar una y mil veces con grupúsculos esqueléticos que no tienen apenas apoyo social, y son interpretados por la sociedad como bandas de psicópatas indeseables que se mueven entre el gamberismo hooligan

Pero sus prácticas y discursos tienen como consecuencia lo mismo que los de los fascistas.

En este sentido, la candidatura de Josep Anglada² es un ejemplo del salto cualitativo de la extrema derecha, puesto que reúne el catalanismo racista, a algunas españolistas y a las católicas ultras. Han sabido evolucionar, cosa que dentro del antifascismo barcelonés todavía parece que no hayamos conseguido hacer. Parece que el inmovilismo ideológico de los grupos fascistas afecta también al antifascismo³. Y esto también se percibe si analizamos las concentraciones *antifas* de los últimos tiempos: la presentación de la candidatura de Josep Anglada, tanto la del 13 de marzo como la de este noviembre, ha tenido poca afluencia y una repercusión mínima. Quizás porque hay gente que no le ve sentido, quizás porque hay gente que se siente incómoda, o quizás por pasotismo. Sea como fuere, tendríamos que replantear los objetivos del antifascismo: ¿Qué es más peligroso, que se junten cuatro desfasadas en Montjuic o que ayuntamientos en mano de socialistas prohíban el burka? ¿O quizás que otros en manos de convergentes den luz verde a la caza de los sin papeles en intentos patéticos de arrebatar votos a la extrema derecha? ¿O que las familias ultra-católicas se manifiesten contra el aborto? La contaminación del discurso xenófobo, igual que las posturas antiabortistas, son pruebas

relevantes de la necesidad urgente de replantear las bases y los objetivos del antifascismo.

Esto no quiere decir que no haya una tendencia a la revisión y replanteamiento de la lucha para llevarla a cabo de una forma más eficiente y coherente, pero todavía hay mucha reticencia y sabemos que, partiendo del ejemplo del conflicto de género para poner de relieve el inmovilismo de la lucha antifascista, es difícil acercarnos a este sector reticente, justamente por el rechazo que describíamos antes respecto el feminismo. Pero lo podemos ejemplificar con otras situaciones de riesgo que está creando la extrema derecha ya que con los conflictos derivados de los flujos migratorios sucede algo parecido. Cuesta asumir esta lucha como propia porque nos parece un conflicto externo a nosotras, porque no vivimos angustiadas ante la perspectiva de ser víctimas de una redada en medio de la calle. Pero hay un grueso de personas que posiblemente se ha convertido en un nuevo «ejército de reserva» necesario para mantener el control social dentro de los umbrales de la sumisión, manteniendo la dicotomía excluida/incluida entre aquéllas que permanecen en la extrema inseguridad y a las que se puede negar, legalmente, el derecho a circular libremente y aquéllas que «tienen derecho» a permanecer explotadas. Pero aunque las migradas sean de



FORA ELS RACISTES



los sectores más castigados por la explotación, no tenemos que olvidar que ésta nos afecta a todas. Y es esta visión de clase la que nos puede permitir parar las redadas en la calle o la existencia de los CIE, no como solidarias con «las otras» sino como parte activa de una misma lucha por la libertad.

Tendríamos que estar atentas a cómo el discurso xenófobo y fascista se inserta en la necesidad que muchas de las «ciudadanas» tienen de participar en la política de la ciudad. Así el discurso ciudadanista se ve fácilmente reconducible hacia campañas como la que se está viviendo actualmente en el barrio del Raval: *¡Queremos un barrio digno!* Si no somos capaces de ver dónde nacen los nuevos discursos fascistas, analizarlos y pararlos en sus primeras manifestaciones, el discurso fascista se continuará extendiendo como una mancha de aceite, haciendo que las vecinas busquen enemigas allá donde tendrían que encontrar afinidades.

Partiendo de aquí, resulta necesario revisar cómo estamos llevando a cabo la lucha a las formas que

toma hoy día el fascismo. Como hemos dicho, su puesta en escena ya no responde tanto en una declaración de superioridad racial o de cruzada católica aunque se base en estos supuestos. Con lo que nos encontramos es más una suma de planteamientos populistas y reaccionarios que pueden calar más fácilmente en la población que un discurso y una práctica abiertamente fascista. Es por esto que Plataforma per Catalunya ha sacado más de 75000 votos en las pasadas elecciones catalanas mientras que el MSR⁴ apenas sobrepasa los 700.

Si observamos que el fascismo es ahora más peligroso que antes es porque en una situación de inestabilidad social, en un contexto de ajuste de la economía a la rentabilidad y sus inherentes recortes sociales, ausentes las luchas radicales que hagan tambalear los fundamentos del capitalismo y ante la carencia de imaginarios comunes que lo superen, el populismo fascista presenta una enemiga clara: las migradas. Un chivo expiatorio que traslada la

y el frikismo político, se corre el peligro de que nos convirtamos en lo mismo; que al dar prioridad, y concentrar todos nuestros esfuerzos de una manera desmesurada y pública en el combate contra grupos que son políticamente marginales, caigamos en la misma marginalidad política, en el mismo vacío ensimismado que desde dentro es todo y desde fuera nada, la nada política, la insignificancia social y la ininteligibilidad intelectual y emocional que condena a la indiferencia, mezclada de miedo y desprecio, a las peleas entre tribus urbanas, rockers y mods, latin-kings y ñetas, fachas y antifas». *Así nos quieren ver. Reflexiones en frío y en caliente sobre el antifascismo.* Podéis leerlo entero en: <http://www.nodo50.org/Nueva-dinamica-del-fascismo.html>

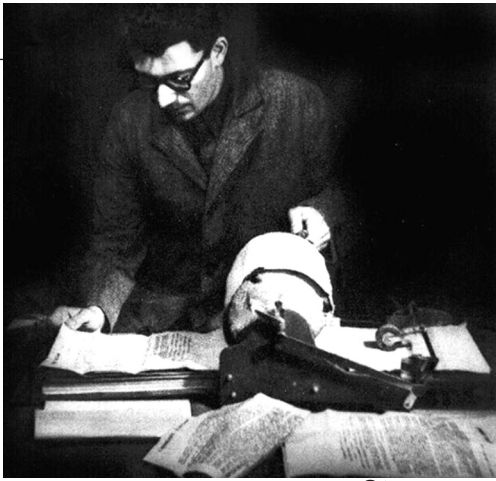
4. El *Movimiento Social Republicano* es un partido de carácter nacionalista —tanto europeo como español— y socialista —pero



no marxista ni libertario—. A pesar de que en su propaganda intentan ser confusos utilizando cierta estética y retórica radical cercana a nuestras posturas, la realidad es que no pueden —y no quieren del todo, como afirman en su página— esconder que son nacionalsocialistas.

enemiga real hacia una enemiga que, por haber sido desposeída de la palabra, no se puede defender de las acusaciones de aquéllas que teniendo palabras y capacidades para reproducirlas claman en su contra. Al fin y al cabo, la verdad poco tiene que ver con la realidad, y esto el populismo nos lo demuestra claramente, si no con la explicación que mejor se adapte a ésta, sí con la versión que menos cueste digerir, sea o no sea real, a una población mayoritariamente acrítica. Ante nuestra dificultad de crear imaginarios colectivos más allá de éste que vivimos, el populismo presenta un imaginario claro que se acerca a describirnos una realidad donde las capas más desfavorecidas, como siempre, son las más malparadas. Es cierto, ya no tenemos ni queremos tener descripciones mesiánicas sobre la realidad y esto puede provocar

que las más desencantadas, en su busca de soluciones inmediatas, se sumen a las filas del fascismo. Las cuestiones son: ¿Seremos capaces de ver las nuevas formas que toma el fascismo más allá de sus manifestaciones más clásicas y rancias? ¿O continuaremos exaltándonos sólo ante esvásticas y aguiluchos? ¿Seremos capaces de crear un imaginario colectivo más allá del fascismo sin caer en nuestro propio populismo? Frente a las adaptaciones del fascismo a las nuevas realidades sociales tendremos que identificar y señalar a nuestras auténticas enemigas. Frente al malestar reconducido al ataque de las más desprovistas de recursos tendremos que forjar alianzas que nos alienten y nos empoderen para combatir a aquéllas que poseen el Poder, reconociendo que nuestras enemigas son las de arriba y no las de nuestro lado.



RESEÑAS

A Corps Perdu n.º 2

Revista anarquista internacional

Contacto: 21ter, rue Voltaire 75011 París
 revue.acorpsperdu@gmail.com

Ahora bien, no se trata de luchar para sobrevivir mejor, sino para vivir y eso sólo es posible mediante la destrucción necesaria de todo lo que está podrido en este mundo. Este combate no es para mañana, sino diario. Y sólo ahí, mi vida contiene los gérmenes del futuro por el que lucho.

Volvemos a tener por nuestras tierras esta revista anarquista de origen francófono. En este segundo número, y siguiendo la línea del anterior, nos encontramos con una serie de textos de análisis que van desde la actualidad de nuestras luchas, como «La “sociedad industrial”: ¿mito o realidad?», hasta la recuperación de textos clásicos como «Nuestro antifascismo» de Severino di Giovanni. A su vez, el dossier central vuelve a ser temático, en este caso sobre la lucha contra el sistema carcelario. Queremos poner especial énfasis en este monográfico y en su acuciante necesidad, pues estos textos –escritos en otras épocas u otros lugares– nos hablan de los mismos errores de enfoque y práctica que aún hoy y aquí se siguen repitiendo. Porque ¿quién no ha hablado de «las presas» como si éstas fueran un colectivo homogéneo? ¿Quién no ha visto en ellas un potencial revolucionario debido a su condición de ilegales? ¿Quién no ha priorizado la lucha contra las cárceles sobre las otras por la dura realidad que viven las reclusas? Preguntas que nos hacen volver a tocar con los pies en el suelo y que nos deben empujar a replantearnos

de nuevo lo anticarcelario como una faceta más de la lucha contra la dominación.

Como decimos, textos interesantes que nos pueden ayudar a afrontar la lucha anticarcelaria como la lucha *contra las cárceles* y no como la lucha *en favor de las presas*. Diferencia necesaria que nos permite romper la distancia que marca la división entre quién se supone que sufre la represión y quién no, pues no es la cárcel el único mecanismo punitivo ni quienes allí van a parar las únicas que lo padecen. Enfoque que también reclamamos –y que ya comentamos en el número anterior– desde el momento en que no luchamos contra las fronteras y los CIE porque apoyemos a las personas migradas sino porque aborrecemos la existencia de todo lo que coarte la libertad. Recuperar esta visión íntegra antidominadora de las luchas nos permite, por un lado, dejar de luchar por y para otras, evitando así las posturas paternalistas y/o vanguardistas. Y nos permite, además, encontrar cómplices por nuestra posición frente a las injusticias –porque luchamos contra la cárcel, contra las fronteras, contra el trabajo– y no basándonos en ciertas definiciones sociológicas –porque apoyamos a las presas, a las migradas o a las trabajadoras–.

“Lanzarse apasionadamente, lleno de fuerza, sin moderación”

A CORPS PERDU

Revista anarquista internacional

- Autonomía..., ¡no me jodás!
- La “sociedad industrial”: ¿mito o realidad?
- Hacia los espejismos
- Radiografía de un régimen
- SEVERINO

Dossier: Encerrados de todas partes

- Acabar con el presismo para volver a encontrar perspectivas ofensivas
- Viaje breve por la prisión social
- Apuntes críticos sobre la lucha contra el FIES
- Algunas piedras en aguas agitadas - un intento de balance de tres años de agitación dentro y entorno a las cárceles belgas

2
 agosto
 2010

Constatar y analizar la inmensa prisión en la que nos encontramos todos y todas y cuyos muros podemos palpar diariamente, tendría que llevarnos a evitar un activismo que convierta la cárcel en un tema separado artificialmente del resto.

[...] luchar contra la domesticación de los cuerpos y las mentes y contra todas las jaulas que nos imponen por todas partes puede permitirnos superar la falsa separación interior/exterior, vinculando los distintos encarcelamientos [...].

Apología del Capitán John Brown

Henry David Thoreau

Editan: Kilombo/Biblioreta y Biblioteca del Ateneu Llibertari del Casc Antic

Si buscas algo sobre Henry David Thoreau en un diccionario enciclopédico aparecerá calificado como uno de los precursores del pacifismo, la no violencia y la desobediencia civil. También otros personajes como Gandhi o Luther King han reconocido en Thoreau una fuente de inspiración. Y no podríamos dejar de decir que una efígie suya se encuentra en el Panteón de los Héroes Norteamericanos de la Universidad de Nueva York junto a la de algunos presidentes de Estados Unidos.

Pero ¿quién fue realmente Thoreau? Este texto nos muestra al hombre que estaba en contra de la guerra y la esclavitud, pero que vio la nobleza de quien, entendiéndolo que no había manera de parar la esclavitud con palabras y politiquería, se alzó en armas e intentó acabar de una vez por todas con esa lacra: John Brown. La jugada le salió mal y acabó en la horca, aunque en el camino se llevó por delante a unas cuantas esclavistas. Los periódicos y la burguesía en general lo calificaron como un demente y un criminal por intentar con un pequeño ejército de una docena de personas –entre las que se encontraban varios de sus hijos, su yerno y algunos esclavos prófugos–, acabar con la esclavitud. Uno de los motivos por los cuales Thoreau salió en su defensa fue porque «lo declaran demente porque saben que en toda su vida ellos mismos nunca podrían comportarse como él».

John Brown y su grupo fueron asesinados por luchar contra la esclavitud, con armas y violencia. Thoreau escribió este pequeño texto para contrarrestar la propaganda oficial, enaltecer la acción de Brown y hacer una crítica feroz a la esclavitud y a la violencia del Estado.

La esclavitud está de camino cargada de víctimas moribundas; se suman nuevos barcos desde el océano; una pequeña tripulación de traficantes de esclavos, tolerados por una gran masa de pasajeros, están sofocando a cuatro millones de esclavos bajo la escotilla, y todavía aseguran los políticos que el único medio de obtener la liberación es a través de la “pacífica difusión de sentimientos humanitarios” sin ningún “tumulto”. Como si los sentimientos de humanidad se hallaran alguna vez sin la compañía de los hechos [...].

Beyond Amnesty

Anónimo

Edita: Psiquiatrizadxs en lucha

Si no crees que estás luchando por tu vida, piénsalo de nuevo. Si sabes que no estás luchando por tu vida, puede que estés en el lado equivocado.

Verdades dichas desde adentro, desde el lugar que pertenece a la palabra. Verdades que no esperan ser escuchadas porque están escritas como un grito, allí donde el dolor se palpa, donde éste tiene nombre y apellidos. Cuando reconocemos verdaderamente dónde nace el dolor, la única opción posible es confrontarlo directamente, no para hacerlo soportable sino para destruir el foco que lo ha hecho aparecer. Allí donde la enemiga se va esclareciendo, la complicidad, la amistad, lo hacen en la misma medida.

Un escrito desgarrador, contundente, directo, sin lugar para la ambigüedad. Un escrito que cae en nuestras manos en un momento en el cual el relativismo nos invade y parece que ya nadie puede decir una palabra sin que haya opción a dudar de ella. Estas palabras nacen del dolor de su protagonista, del dolor de una experiencia que a menudo no alcanzamos a ver como propia, aquella que auténticamente nos interpela en nuestro impulso de lucha. Éste es el mensaje que encontramos en este texto, éste es el mensaje que demasiadas veces olvidamos.

Escogemos reseñar este escrito por dos razones. La primera, porque pensamos que llena un vacío que en nuestro texto sobre la violencia tan sólo hemos introducido: las lesiones autoinfligidas, el suicidio, la lucha que –a falta de enemigas evidentes– acaba autodestruyéndose. Identificamos nuestra miseria con nuestra incapacidad

de haber escogido otro modo de vida, cayendo en la trampa de la responsabilidad personal, sin darnos cuenta de que ya, desde que nacemos, otros han decidido cuál ha de ser el recorrido de nuestra existencia, de nuestra no-vida.

La segunda razón que nos empuja a destacarlo es porque pensamos que devuelve a la palabra su carácter transgresor, trasladándola al lugar del que nunca debería haber salido: decir aquello que sentimos sin necesidad de adecuarlo constantemente a aquello que pensamos que la otra puede o no entender. Este texto devuelve a la palabra su inherente poesía, su arte, su función que, más allá de la meramente comunicativa, actualmente carece.

Un texto que busca complicidades, consciente de que el aislamiento es la más dura de las miserias humanas; un paso al frente hacia la organización del malestar social.

Quiero vivir entre gente que es consciente de que vivimos en guerra. Una guerra contra la vida. Contra el espíritu. Quiero vivir entre gente que no se mire a las manos ni evite tu mirada cuando hables de lucha o insurrección porque, en el fondo, saben que han claudicado, y porque –tal vez, sólo tal vez– ellos nunca *realmente* odiaron el sistema [...].
Quiero un enemigo que no sea yo [...].

Errico Malatesta y la violencia revolucionaria

Alfredo M. Bonanno

Edita: Bardo Ediciones

Contacto: <http://bardoediciones.net>

La esclava siempre está en un estado de legítima defensa, así que la violencia contra su patrona, contra la opresora, está siempre moralmente justificada. De esta sencilla aunque esclarecedora manera Malatesta desarrolló, a lo largo de sus escritos, el modo en que debería juzgarse el uso de la fuerza. Pero no nos habla de una violencia abstracta, sino de una realidad de clase en la que están legitimadas para usarla las que a ella pertenecen.

Cuando Malatesta se pregunta por qué en la lucha actual contra las instituciones político-sociales, que se consideran opresivas, las anarquistas han practicado y predicado el uso de medidas violentas aún estando éstas en evidente contradicción con sus fines, responde que sólo con la violencia nos podemos defender de la explotación cotidiana que el sistema

nos impone, explotación legalizada con normas y leyes e implantada forzosamente por políticas, policías y jueces.

Esta revolución tiene que ser necesariamente violenta, aunque la violencia sea en sí misma un mal. Tiene que ser violenta porque sería una locura esperar que los privilegiados reconocieran el daño y la injusticia de sus privilegios y se decidieran a renunciar a ellos voluntariamente. Tiene que ser violenta porque la violencia revolucionaria transitoria es el único medio para poner fin a la mayor violencia que tiene esclavizados a la gran mayoría de seres humanos.

Sobre esta consideración general, Bonanno actualiza los escritos de Malatesta para analizar algunos aspectos de la práctica insurreccionalista. En las acciones se debería seguir un «orden moral» para que hablasen por sí solas, para que fueran fácilmente leídas como respuesta a la represión o a la explotación sin necesitar incómodas justificaciones posteriores. Y en ese orden se debería identificar a la enemiga de clase, elegir los medios adecuados y reducir el sufrimiento imputable al descuido o a la superficialidad. De estos factores dependerá la utilidad de la acción, lo que consiga en el camino hacia la revolución y las repercusiones que podrá tener.



Pero también advierte que en la guerra social la violencia revolucionaria es simplemente la expresión que más fácilmente se percibe, aunque no la única y, según el punto de vista, tampoco la más importante. No hay que caer en el extremismo que interpreta que todo se puede reducir a una cuestión de fuerza militar, ya que además de provocar el aislamiento de la rebelde y una exacerbación de la especialización, «la intensificación de las acciones violentas realizadas por una minoría de rebeldes no corresponde necesariamente a un aumento del proceso de rebelión».

Lectura doblemente interesante. Por un lado, por cómo finiquita Malatesta, sin necesidad de elaborados planteamientos teóricos, la eterna cuestión ética alrededor de las tácticas violentas. Por el otro, por la manera en que Bonanno retoma la práctica de la violencia desde una óptica insurreccional, es decir, como una herramienta más con la que se afronta el conflicto social. Pues, como él mismo ya ha dicho otras veces, la insurrección es una cuestión social, no militar, aunque este militar se diluya en un difuso conglomerado de individuos y grupos de afinidad. Algo que muchas compañeras no deberían olvidar.

Materiales para una crítica de la democracia

Varias autoras

Edita: Klinamen

Contacto: www.editorialklinamen.org

Esta recopilación de diversos textos parte de la base de que la forma democrática es el sistema político más perfeccionado que ha encontrado el Capital para su desarrollo e implantación universal. «No hay crítica práctica a la democracia a no ser que haya crítica al capitalismo. Aceptar o tratar de reformar el capitalismo implica aceptar o intentar reformar su forma política más adecuada». La democracia separa la decisión política del resto de la vida social. Fomenta la ilusión de que somos iguales ante la ley y las instituciones, pero obvia el hecho de que estas posibilidades sólo se harán realidad para quienes puedan emplearlas. La separación evita el antagonismo de clase o la diferencia de género, reduciéndolos a una esfera aparentemente neutral y en la que será posible conseguir la igualdad por vía de la discusión y el consenso entre las partes afectadas. Y es este mecanismo el que conlleva una desmovilización generalizada; cualquier movimiento opositor po-

drá ser integrado por medio del diálogo entre sus representantes.

Sin embargo, no se puede reducir la crítica a la democracia simplemente a la manera en que se toman las decisiones. La democracia, aunque sea directa en vez de representativa, implica la supremacía de los medios sobre el fin y la disolución de las potencialidades en lo puramente formal. Si un movimiento avanza y se enfrenta al poder del Estado, éste será tildado de no democrático. Pero si el conflicto o el movimiento pueden ser compatibles con el arbitraje y la conciliación, entonces es normal que la forma y el procedimiento sean lo más importante. Encontramos esta crítica acertada ya que va dirigida expresamente a la manera en que se coordinan los grupos antagonistas. Organizar una asamblea de acuerdo a las normas pasa a ser más importante que lo que la asamblea decide. Las que privilegian los procedimientos de administración se condenan a crear un aparato administrativo, en vez de resituar la discusión en el contenido de nuestra experiencia, de nuestras palabras y acciones. La realidad es invertida y, como señala el texto,

la revolución no es una cuestión de forma. Es la naturaleza del cambio aquello sobre lo que debemos insistir. Crear un mundo sin dinero, sin intercambio de mercancías, sin compra y venta de trabajo, sin empresas como polos competidores de acumulación de valor, sin ser el trabajo algo separado del resto de nuestras actividades, sin Estado, sin una esfera política especializada y aislada de nuestras relaciones sociales.

A pesar del acierto de estas críticas, por un lado el escrito resulta un tanto espeso y, por otro, sólo se analizan ejemplos del movimiento obrero, sin superar por tanto los tradicionales conceptos marxistas. De manera paradójica casi ninguna de las luchas tratadas sale bien parada de los comentarios. Se cae así en el idealismo de la teoría pura, como si el desenlace de esos conflictos no estuviese enmarcado en ningún contexto particular que los condicionara. La comentarista debería comprender que la distancia temporal le da más facilidad para el análisis y que, si las luchas terminaron en demandas y no en revolución, quizá no fue tanto por la entrega de miles de personas que dieron sus vidas, sino por la dificultad que suponía y supone enfrentarse a la represión y al continuo perfeccionamiento de la dominación humana.